

Por el valle de la sombra

La lucha para sobrevivir de un prisionero de guerra

Una versión condensada de la obra
Through the Valley of the Shadow
por Daniel C. Snaddon



Hice unos cálculos mentales. Asumiendo cuántos había en el campamento y sabiendo cuántos estaban muriendo cada día, calculé que nadie podía vivir más de seis semanas ... El número de muertos iba en aumento. Un nuevo cálculo muy aproximado, actualizado el número de muertos y de la población del campamento, arrojó en la mente mía una expectativa de vida de diecisiete días.

Contenido

- 1 [Tiempos lejanos en Escocia](#)
- 2 [Complejidades de la juventud](#)
- 3 [Cuerpo médico](#)
- 4 [Horrores de una guerra](#)
- 5 [Prisionero de guerra](#)
- 6 [Campo de concentración](#)
- 7 [Viaje a lo desconocido](#)
- 8 [Ferrocarril mortífero](#)
- 9 [Cristo la respuesta](#)
- 10 [Cólera](#)
- 11 [Vida de fe](#)
- 12 [Pobre chino](#)
- 13 [Ahora yo](#)
- 14 [Humanidad quebrantada](#)
- 15 [Visitas de los B-29](#)
- 16 [Correo subterráneo](#)
- 17 [Bomba atómica](#)
- 18 [Gloriosa libertad](#)

Las fotos, con la excepción de la del autor, han sido tomadas del internet.

Capítulo 1

Tiempos lejanos en Escocia

Tillicoultry, Escocia, es un pueblito hermoso. Está abrigado en el seno de las Colinas Orchil, tranquilo a la sombra de Ben Clouch, la más alta de las montañas de la sierra. Curiosamente, Tillicoultry está situado en el condado más pequeño de Escocia que sustenta el nombre más largo, Clackmannanshire.

El escenario es perfecto, con las hermosas Orchiles al norte y un valle bordeado al sur por el Forth. Este río abre su torcida senda a través de campos verdes y frente de somnolientos pueblitos y granjas que se aferran a sus ricas riberas marrones. Se conserva esmeradamente y hasta ahora se ha salvado de los estragos de la industria moderna. Fue en ese escenario tan agradable que nací, y me dieron el nombre de mi abuelo paterno, Daniel Cameron Snaddon.

Mis padres eran piadosos. Me llevaban a las reuniones de la iglesia local mucho antes de estar yo consciente de ello. La asamblea que se reunía en el local evangélico de calle Bank se componía de unos cien miembros. Eran mayormente de la clase obrera; muchos ganaban el pan de cada día en las entrañas de la tierra, lejos del verdor de las montañas y el aire puro que soplaba en el valle.

Los ancianos eran hombres espirituales; carecían de mucha de la instrucción que el mundo da pero tenían una aguda percepción de la Palabra de Dios. Había un buen porcentaje de jóvenes en la asamblea y eran activos, a veces excesivamente activos. Casi todos tenían un profundo deseo de aprender y vivir a Cristo. Eran días felices; la asamblea era el centro y el punto de apoyo de todas nuestras actividades. Unos cuantos de nosotros trabajábamos doce horas al día pero con todo, nunca faltábamos al culto. El Señor bendijo aquellos tiempos y le servíamos entre ese grupo feliz.

Mi conversión no tuvo nada de espectacular; nada de una experiencia emocional ni de una luz cegadora, sino, como uno percibe a esta distancia, la mano de Dios guiándome por pasos bien definidos hacia la conversión. Creo que mis maestros de escuela dominical jugaron un papel importante para conducirme al Señor.

Un domingo en la mañana, mi amigo Bill Paterson y yo salíamos del salón cuando el señor McKee abrazó a Bill y le dijo: “He venido orando mucho por ti y me siento impulsado a preguntarte si has pensado en recibir a Cristo como tu propio Salvador”. Bill sí tenía interés, habiendo estado un buen tiempo bajo la convicción de pecado. Una conversación en un cuarto aparte resultó en su encuentro personal con Jesucristo. Él salió de aquella pieza una nueva criatura.

Su conversión me impresionó grandemente y la semana siguiente tuve un hondo deseo de ser salvo. Sabía cómo pero nunca había llegado al punto de decisión. El sábado, Bill y yo nos sentamos juntos en un convive evangélico y el siervo de Cristo que le había conducido a Cristo se acercó y preguntó a mi amigo si estaba confiando en Cristo todavía. “Sí”, respondió, “es maravilloso”. Y con mucha emoción vino la otra pregunta: “¿Qué de Daniel?”



Yo esperaba esto; sentía que venía. El buen pastor preguntó tiernamente, “Daniel, ¿qué harás con Jesús?” Citó Juan 3.16: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Yo sabía esas palabras

de memoria, pero por alguna razón me eran diferentes aquella noche. Su sentido era claro. Desde lo profundo de un corazón juvenil dije: “Yo tomaré a Cristo como mi Salvador ahora”. Una gran paz me llenó y tuve que decírselo a mis padres, a mis abuelos y a todo el mundo. Viendo atrás ahora, lo considero el día sobresaliente de mi vida. Al amado lector que se apresura a continuar en la lectura de esta historia, ¿me permite insistir aquí en una pregunta para usted? ¿Usted conoce a Jesucristo como su Salvador personal? No deje pasar un minuto más; confíe en Él, sea salvo.

He venido recordando el día más feliz de mi vida; déjeme contarle ahora de uno de los más tristes. Mi papá trabajaba en una de las minas de carbón. Un día, todavía muchacho yo, él descendió a las entrañas de la tierra un poco antes de las 3:00 y a las 6:00 estaba atrapado debajo de una roca que se había desprendido misteriosamente del techo de la mina. Diez hombres usaron todo medio a su alcance para liberarlo. Fue llevado al hospital pero a las 10:00 él ya había pasado a la presencia del Señor.

La muerte prematura de mi padre era un hondo misterio para mí. Me complicó la vida más que nunca. La brevedad del tiempo y la incertidumbre de la vida provocaban seria reflexión. Desprovisto de protección y consejo de un padre, me sentía muy solitario y el mundo parecía muy grande ante mis ojos inmaduros. No tenía suficiente madurez espiritual en aquel entonces como para reconocer que mi Padre Celestial me abrazaría con mano fuerte para protegerme. Desde la perspectiva de hoy puedo ver esa mano en todo aquello. Él estaba preparándose para las penosas experiencias que sabía estaban por delante y que yo ignoraba por completo.

Capítulo 2

Complejidades de la juventud

La trágica e inesperada muerte de mi padre dio lugar a cierta conmoción en nuestra comunidad. Varios deportistas bien intencionados se interesaron en mis habilidades como jugador de críquet. En mis días de estudiante gané todos los trofeos ofrecidos por una actuación sobresaliente. Por cierto yo no contaba con una orientación paterna en esos asuntos, y esos señores benévolos querían enrumbarme en una carrera de deportista profesional y de esa manera suavizar el efecto de mi pérdida.

Era costumbre en aquellos tiempos en la mayoría de los pueblos de Escocia que cada uno auspiciara un equipo de críquet en el verano y otro de fútbol en el invierno. En aquellos largos y agradables atardeceres de verano era emocionante vestirme de rigor y dar mi todo por mi equipo. En los juegos me di cuenta de que la concentración y la emoción del juego

llenaban toda rendija de mi corazón. No cabía otra cosa, y nada más tenía importancia. ¡Qué emoción generaron el aplauso de los espectadores y la oleada del éxito!

En esa etapa de la vida me parecía que lo máximo era ser el ídolo de los hinchas y gozar de la admiración de la comunidad. A veces cuando estábamos jugando en casa una flecha de convicción penetraba los lugares escondidos de mi corazón. Mi amor por el Señor Jesús estaba de capa caída y a veces desde mi posición en el campo yo veía cuando varios de los creyentes caminaban rumbo al culto de oración. Usualmente en aquellas noches, una vez pasada la emoción y acostado en la oscuridad de mi pequeña habitación, yo luchaba con los conflictos que atormentaban mi mente juvenil. Lenta y dolorosamente, después de semanas de conflicto, llegué a la conclusión que la respuesta a los anhelos de mi hombre interior no se encontraba en el campo deportivo, ni en los aplausos desde las gradas.

En realidad la vida hasta ese punto carecía de sentido. Me sentía como una nave sin timón o un palito tirado al océano infinito de la vida. Entonces me di cuenta que estaba enfrentando una crisis; no había manera de escaparme por la tangente.

Unos años antes yo había aceptado a Cristo como mi Salvador personal. Esta decisión fue muy real para mí, pero por alguna razón ya casi no existía el estimulante gozo que sentía al principio. Mi alejamiento no podía ser atribuido de ninguna manera a una falta de interés de parte del Señor por mí. Era netamente una consecuencia de mi propio proceder. Las cosas del mundo me apelaban y yo no había buscado ni fomentado el compañerismo con mi bendito Salvador. Decidí que todo esto tenía que cambiar y que Cristo debía ser Señor de todo. Si no, no sería Señor de nada.

Pronto mi mente confundida empezó a evaluar correctamente los verdaderos valores a la luz de la Palabra de Dios. En la medida en que la sabiduría y la fuerza venían del Trono, aflojé mi apretón de lo transeúnte y abracé lo eterno, contando la recompensa como de mayor riqueza que la fama del mundo. Ahora no era cuestión de “Cristo o el críquet”, o escoger entre el Salvador y el deporte. Y podía cantar con convicción, “Dejo el mundo y sigo a Cristo”.

Una gran paz encerró mi atribulado corazón. La vida parecía asumir una nueva escala de valores. Yo contaba ahora con una meta, un objetivo, un galardón que al lograrse me traerían satisfacción y gozo inefable. En esa encrucijada resolví que la energía y el tiempo que había dedicado sin reserva al deporte serían canalizados ahora al servicio del Señor. El envolvente amor de Cristo ardía adentro; mi celo juvenil se enfocó a los hombres, las mujeres y los muchachos para llevarlos a Cristo.

Pasaron varios años de feliz servicio, y luego llegaron los desconcertantes días inmediatamente antes de la declaración de lo que sería la segunda guerra mundial. Un día se veía un rayo de esperanza que se iba a evitar una guerra, pero el día siguiente esa esperanza desvanecería ante las amenazas de algún dictador inflexible. Durante ese período, en mis momentos de mayor quietud, yo contemplaba a menudo los estragos de una guerra en pleno. Me despertaba en la noche dando rienda suelta a mi imaginación, oyendo los ruidos escalofriantes de una batalla y el impacto mortífero de los combates mecánicos y aéreos. Me quedaba prácticamente inmóvil al reflexionar sobre la matanza y el desprecio por la vida humana. A veces me obsesionaban los gemidos de los heridos y moribundos.

Me era inconcebible participar agresivamente en una cosa tan infernal. No sólo soy sensible por naturaleza, sino también ciertos principios están arraigados en mí y son inviolables. Sin embargo, no quería esquivar mi responsabilidad y por eso tomé medidas para prepararme para lo inevitable. Durante varios meses tomé cursos de la Cruz Roja sobre primeros auxilios y enfermería. Se me aclaró la orientación de mi servicio militar mientras esperábamos y reflexionábamos. Me sentía más capacitado para atender a las necesidades corporales de los colegas heridos y a la vez estaba resuelto a no dejar pasar ninguna oportunidad para decirles la dulce historia de Jesús y su amor.

Capítulo 3

Cuerpo médico

Convicciones fuertes me prohibían usar las armas de guerra para matar, pero sería cosa insólita que un joven sano de cuerpo fuese asignado a una función no bélica. Me parecía que había una sola vía, la de declararme objetor de conciencia. Aun cuando esa posibilidad era expediente, también era desagradable. Pero con todo los principios y los ideales incrustados en el patrón de vida de uno no admitían ser rechazados en ese momento de crisis.

Fui incorporado en el *Royal Army Medical Corps*. Las primeras semanas fueron una pesadilla. Para un cristiano era una experiencia confusa y frustrante enfrentar el reto de una vida en el ejército. Por años mi costumbre había sido leer y orar arrodillado antes de acostarme, pero ahora las cosas habían cambiado. Con poco entusiasmo leía una porción de las Escrituras con mi Biblia bien tapada y luego me metía en la cama y oraba. Me sentía muy culpable al principio pero con el correr de las noches me acostumbraba a esa modalidad. Entonces mi conciencia explotó en protesta y me di cuenta que de alguna manera yo debería encontrar una salida a esta tibia.

El miércoles me encontré en el culto de oración de la asamblea local en Dalkeith. Terminada la reunión el señor John Fraser me invitó acompañarle para un rato de comunión y un té. Lo percibí como una oportunidad dada por Dios mismo para compartir mi problema. Me alivié, haciéndole saber los conflictos más íntimos de mi alma. El señor Fraser se conmovió visiblemente y luego rompió un silencio que me había parecido eterno, invitándome a la oración a rodillas.

Primeramente nuestro Padre Celestial oyó la voz de la experiencia, intercediendo fervientemente por un joven hijo en la fe. Luego oyó el tartamudeo sincero de uno que se había desviado algo de la vía recta, peticiones que encontraron buena receptividad de parte del Dios de toda gracia. Al volver con dificultad en la nieve, rumbo al cuartel, resolví que sería aquella noche o nunca.

Abrí la puerta del gran dormitorio y enfrenté la cruda realidad. El aire estaba cargado de humo y un argumento acalorado llenaba el ambiente. Risas burlonas y cantos de taberna turbaron mi alma temerosa, de manera que se me posesionaron los mismos temores que antes. Lentamente me quité el abrigo y las botas, demorándome más de la cuenta. Hubo una lucha por dentro: “No lo vas a hacer; déjalo para mañana. ¿Qué van a pensar ellos? ¿Por qué jugar el papel de ridículo sólo por Cristo?” Ese último punto resolvió toda la cuestión. Caí arrodillado, y de repente hubo un silencio sepulcral. Mi corazón daba tumbos y mi mente era un remolino. Por cuanto no podía orar, miraba por entre los dedos, curioso por saber qué pasaba. Asustado, esperé la descarga y su secuela.

A sorpresa mía, uno de los veteranos al otro lado del recinto brincó de la cama y retó a los jóvenes. “El primero en lanzar algo contra ese muchacho se las tendrá que ver conmigo. Tengo quince años en el servicio y nunca antes he visto algo como esto. Es el único cristiano que he encontrado”.

Poco a poco, los sorprendidos soldados pusieron a un lado sus misiles, dieron las buenas noches a sus camaradas y se acostaron. Era increíble. Seguí arrodillado, di las gracias al Señor y oré por mis compañeros. Con gozo en el corazón me metí entre las crudas sábanas que eran la porción de un recluta, y no obstante lo desagradable que eran, las sentía como los portales del cielo.

Llegué a amar a esos señores y me di cuenta que respetaban la realidad. Pasadas unas semanas, nos reuníamos de noche en torno de la panzuda cocina de hierro fundido para leer la Biblia y orar antes que sonara el timbre. Muchos pedían oración por sus seres queridos y por las áreas del país que estaban siendo bombardeadas. Pude aconsejar a varios, y si bien es cierto que ninguno hizo una clara confesión de fe, tengo la confianza que voy a encontrarme con algunos de ellos en la gloria.

Una visita breve a casa marcó el fin de un año de entrenamiento. Antes de dejar yo a mi madre para abordar el tren, ella me llevó aparte y me dijo: “Hijo, acuérdate que a las 8:00 cada mañana yo me acercaré a tu cabecera y oraré por ti”. Con un tierno abrazo y un beso amoroso, la dejé a llorar calladamente. Gracias a Dios por las oraciones de Mamá y por ese lugar de encuentro. Dondequiera que fuera en el mundo, yo intentaba calcular la hora del día en aquel hogar y, de ser posible, la acompañaba ante el Trono de la Gracia.

Capítulo 4

Horrores de una guerra

Diciembre 1941 nos encontró aborde del *Oronsay*, un trasatlántico de 35 000 toneladas. Viajamos de Bristol a Canadá, al Caribe, África del Sur y la India. Nuestro destino final fue Singapur, donde desembarcamos en una lluvia de balas y proyectiles. Se considera que el puerto de Singapur es uno de los puertos naturales más grandes del mundo. La ciudad era un distintivo de la colonización imperial: rica, extravagante y pomposa. Lamentablemente, los estragos de la guerra estaban muy a la vista.

Fue el 29 de enero de 1942 cuando el Cuerpo de Ambulancia 196 llegó a aquella isla atribulada. No había tiempo para conocer la gente ni sus costumbres. Los japoneses estaban encerrando para proceder a la matanza, y todo empeño tenía que ser dedicado a tener nuestras posiciones preparadas. Nuestro cuerpo estaba asignado a una división muy entrenada para la guerra en Europa y Medio Oriente pero sin experiencia para luchar en la selva. Además, éramos una tropa novata, no habiendo sido bautizada en una guerra real.

A la sazón el cuadro en el sureste de Asia era pésimo. Se habían borrado de los cielos los pocos y anticuados aviones que poseíamos. Largas colas de llamas y humo negro terminaban en explosiones ensordecedoras que contaban una historia de muerte y destrucción. Dos de los principales buques de guerra del *Royal Navy* yacían en el fondo del océano víctimas de bombardeos suicidas de los japoneses. Día y noche las indómitas fuerzas japonesas bajaban por Malaya apartando toda resistencia y aniquilando toda oposición. Una lucha desesperada era tan sólo cuestión de tiempo para nosotros.

Los japoneses, intoxicados por el vino del triunfo, alcanzaron la Estrecha de Johore frente a la isla de Singapur. Con la victoria a la vista, ocuparon puntos estratégicos y apuntaron de una vez su artillería y sus morteros. Pronto los cielos resonaban con el trueno de las armas y la tierra temblaba en convulsiones cuando los proyectiles explotaban en nubes de humo acre y escombros.

Un vehículo de transporte militar frenó apresuradamente frente al cuartel general. Los oficiales que habían sido convocados para recibir información vital se apresuraron a reunirse. Momentos más tarde, cuando el chofer estaba por salir del coche, una ruidosa explosión cerca del lugar lanzó al sujeto al suelo como una bola. Una pequeña metralla, del tamaño de un garbanzo, había penetrado el lado izquierdo de su pecho y él murió instantáneamente.

Lo levantamos y vimos que no evidenciaba otra herida, simplemente aquella pequeña perforación. Fue nuestra primera baja y parecía muy poco posible que uno hubiera muerto por ese fragmento. Me asustaba pensar que una cosa tan pequeña puede quebrar la cadena de plata o romper el cuenco de oro, al decir de Eclesiastés 12.6.

Cuando el enfrentamiento estaba en sus lapsos más intensos yo trabajaba día y noche. Sudaba en la calurosa humedad y oraba silenciosamente por los hombres en derredor. Mi corazón se estremecía por las largas filas de varones sudados y sangrientos que se presentaban para ser atendidos. Me encontraba viéndolos a través de los ojos de mi bendito Salvador. El amor del Calvario inundó mi ser perturbado, llevándome a los límites de aguante en un intento por aliviar su sufrimiento corporal y suplir sus necesidades espirituales.

Las bombas cayeron con una regularidad deprimente y los proyectiles volaron con muerte y destrucción en sus alas. Yo estaba a cargo de una ambulancia que transportaba hombres gravemente heridos al hospital en la propia ciudad.

Mientras llevábamos a cuatro de ellos, encontramos la metrópolis en relativa calma hasta que llegamos a los vastos suburbios, donde había fuego muy intenso y bombardeo. Parecía suicidio intentar pasar a través de ese holocausto, pero aquéllas eran vidas preciosas que me habían sido encomendadas. Así que con entero abandono aguantamos el acoso. A veces íbamos a paso de morrocoy y a veces a cien kilómetros por hora por calles abandonadas, frente a edificios en llamas, y a la postre llegamos a nuestro destino, sacudidos pero agradecidos por poder entregar nuestra valiosa carga.

El regreso fue una pesadilla. Los artilleros japoneses intentaban bloquear la vía principal, dejando caer sus proyectiles sobre el concreto con entera exactitud. Muy pocos vehículos se atrevieron al viaje tan arriesgado, pero sentíamos nuestro deber. Lentamente el chofer guió la ambulancia por entre el laberinto de hoyos abiertos por los proyectiles. Fuimos sacudidos varias veces por las bombas que cayeron de lado y lado. Nunca en la vida había orado tan fervorosamente.

Avanzamos paulatinamente, aunque por instinto queríamos huir. De repente la ambulancia casi se volteó; un mortero había abierto un gran hueco en la latonería pero por milagro no explotó. Al recuperarme del susto, bajé la cabeza en profunda gratitud y di gracias al Señor por su cuidado. Llegamos por fin a nuestro componente, bastante sacudidos pero sin heridas. Esta experiencia incrementó mi confianza en la gracia divina para conservarme, y me hizo pensar que Él tenía más servicio por delante para mí.

Cené apresuradamente, con órdenes de guardar vigilia hasta la medianoche. Esto siempre era muy problemático para mí porque mis convicciones no me permitían llevar ninguna arma. Prefería la del cuerpo médico: un garrote o un bastón. Mi colega portaba el rifle.

Antes de reportarme volví a la carpa a buscar mi casco de acero. Metí la mano debajo de la malla antizancudos y lo recogí, pero dejando de ponerlo antes de salir de la carpa. Estaba por hacerlo cuando vi lo que me parecía una serpiente, así que tiré el casco al suelo con vehemencia. Algunos de los soldados que ya tenían buen tiempo en Malaya preguntaron qué hacía. Se rieron de mí por pensar que hubiera una serpiente enrollada en un casco. “Debes saber que no hay culebras en Singapur”, me reclamaron.

Examinaron el casco con un palo y con esto les vino al encuentro una mamba negra de casi un metro de largo — uno de los reptiles más mortíferos de Malaya. Hasta el día de hoy me estremezco a pensar que esa serpiente haya podido deslizarse por mi cuello o mi cara, inyectando su mortífero veneno en la trayectoria. Una vez más me vino a la mente que mi Padre Celestial me estaba guardando para un servicio mayor.

Se intensificaba cada hora la actividad del enemigo. Nos estaba bombardeando constantemente desde el mar, en la tierra y desde arriba. Nuestras fuerzas respondían débilmente con armas inadecuadas. Pronto faltaron las municiones y, peor, el agua. Las reservas principales para Singapur estaban ubicadas en tierra firme, en Malaya, y el enemigo cortó el suministro del fluido. Las condiciones en aquel calor tropical eran intolerables; se acercaba el fin.

El flujo de heridos no tenía fin y los atendíamos como mejor podíamos en aquellas condiciones primitivas. Los japoneses mantuvieron su bombardeo constante con resultados desastrosos. El personal médico daba signos de fatiga. La brega era de veinticuatro horas día tras día. Teníamos hambre; nuestras gargantas estaban resacas por falta de líquido y nuestros nervios tensos. Era como si muriéramos lentamente.

Pero no había tiempo para reflexionar; la guerra demandaba todo recurso y toda reserva. Clamé al Señor por fuerza espiritual: “Ayúdame, oh Señor, para poder ayudar a otros”. Parecía que nada tenía importancia ahora, y despreocupadamente me dediqué a la tarea,

consciente que la muerte nos alcanzaría o que íbamos a caer en manos de un enemigo despiadado y cruel.

Las desafortunadas tropas atrapadas en la isla de Singapur nunca se olvidarán del 15 de febrero de 1942. A las 4:00 p.m. el manto de la muerte descendió sobre aquellos hombres agotados. De repente cesaron los bombardeos, el zumbido de los proyectiles y el traqueteo de las armas menores. El silencio era casi insoportable; era más estridente que el impacto de los proyectiles. La fortaleza “impenetrable” de Singapur se había rendido a los japoneses.

De un todo exhaustado tanto física como mentalmente, colapsé. Me quedé en blanco. Recuerdo muy poco de los días siguientes pero, gloria a Dios, la recuperación fue rápida, y pronto yo funcionaba de nuevo. Un recuerdo que se queda es la importancia que la Biblia tuvo para mí en aquellos días críticos. Fue mi compañera; no pude leerla pero nadie pudo quitármela. Mi amor por la Palabra de Dios iría en aumento mientras los largos meses se tornaron en largos años.

Capítulo 5 **Prisionero de guerra**

De veras es espantoso darse cuenta que uno es prisionero de guerra en manos de un enemigo inhumano. Durante la campaña en Malaya los japoneses no tuvieron misericordia, ejecutando a todos sus prisioneros a sangre fría. El correo subterráneo había traído muchos informes de cómo el enemigo había manifestado un desdén absoluto por la vida humana. Afortunadamente, nosotros estábamos tan ocupados con la atención a los enfermos y heridos, y hasta acostumbrarnos a las condiciones nuevas, que no nos dábamos plena cuenta de que podría suceder.

Ante una cosecha record de setenta mil prisioneros, difícilmente podrían los japoneses llevar a cabo su política inicua y nefanda de exterminar cada uno. Tenían que encontrar algo nuevo — y lo hicieron, como dejarán en claro los capítulos que siguen.

Nuestra breve estadía en la isla de Singapur fue menos exigente que las experiencias posteriores. Con todo y las condiciones primitivas y el hacinamiento, íbamos a sufrir una suerte peor, aunque en ese momento era difícil pensarlo. En medio de toda esa confusión — y en verdad todo era caótico — emergió un espectro horrible: el hambre.

Poco después de la rendición de Singapur los japoneses destaparon su “arma secreta”. Todos los alimentos europeos fueron confiscados y en su lugar apareció el arroz. Recibimos una taza de arroz hervido para el desayuno, el almuerzo y la cena. Uno casi sentía que el cuerpo quedaba sin fuerzas y que la carne se le disolvía en los huesos. Largas horas de trabajo y condiciones sanitarias inadecuadas aumentaban los viciosos males que atacaron nuestros cuerpos extenuados.

Como un insulto por encima del abuso, nuestros captores confiscaron todos los suministros médicos, dejándonos solamente un mínimo rudimentario. El capoc usado como forro en las chaquetas salvavidas hacía las veces del algodón en rama. Este material no absorbente, útil para impedir el pase de agua, tenía que usarse para limpiar las llagas purulentas. Era increíble cómo el personal médico se adaptó a este nuevo ambiente, y no sin cierta medida de éxito.

Es inolvidable la experiencia de vivir en un gueto de prisioneros. Dormíamos con la cabeza contra los pies del otro, en un ancho de cincuenta y ocho centímetros asignado a cada uno. En la noche nadie dormía tranquilamente y cada cual daba vueltas intentando consciente o inconscientemente protegerse de las picaduras viciosas de los piojos, las pulgas y los chinches. El hedor de los cuerpos sudados, sin lavarse, era insoportable. El agua estaba racionada estrictamente. Miles de zancudos, con el zumbido de sus alas resonando en los oídos, descendían como bombarderos sobre los cuerpos indefensos para extraer la sangre

vital y a la vez inyectar el mortífero tóxico portador de malaria. La fiebre llegó a ser uno de los asesinos más temidos en nuestros cuarenta y cinco meses de detención.

Se hizo más evidente la depravación del corazón humano. Vivir en semejante hacinamiento con hombres de todo estrato de la sociedad era deprimente, por decirlo suavemente. Yo nunca hubiera creído qué sucedía al quitar la influencia del hogar, la religión y los amigos. Al ver el corazón humano con la tapa quitada, me asomé y me di cuenta de lo acierto de la Biblia al decir que “engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso”. Algunos hombres, sin la chapa y el barniz de la sociedad moderna, se comportaron como bestias. Pronto descubrí que las circunstancias desastrosas despiertan lo mejor, o lo peor, en un hombre.

Yo estaba enteramente convencido que ninguna cantidad de reforma jamás puede curar el pecado en el corazón humano; sólo la gracia de Dios y la sangre de Cristo puede hacerlo. Me era repugnante ver cómo se blasfemaba constantemente el precioso nombre del Salvador. Y, por supuesto, el vocabulario en general de la mayoría de los hombres se volvió restringido y casi cada segunda palabra venía acompañada de una obscenidad. Esto, con otras situaciones, casi me hizo perder el equilibrio. Creo que la adaptación a estas circunstancias, nuevas para mí, fue el principal reto que encontré hasta este punto.

Pero en honor a la verdad uno debe decir también que, no obstante el colapso moral, hubo otros que ascendieron a las alturas del sacrificio humano para aliviar el sufrimiento de los más desafortunados. Durante ese lapso varios cristianos se reunían para orar y estudiar las Escrituras. El estímulo que dio el solo hecho de estar aun unos pocos minutos con aquellos de la misma preciosa fe, fue una de las mayores bendiciones de mi vida.

Se tramaron muchos complots para escapar de las esposas del encarcelamiento durante aquellos días de tanta presión. Los anglo-orientales tenían las mejores posibilidades de huir, o así lo pensaban. Habiendo hecho preparativos a lo largo de varios meses, y contando con dinero y materiales desde adentro, ellos se escaparon a través del alambre de púas. Su ausencia fue ocultada al pasar lista aquella noche pero descubierta en la siguiente.

Finalmente, los prófugos fueron encontrados y se les azotaron tan intensamente que fueron llevados de nuevo al hospital bajo custodia. Cuando los hombres evidenciaron cierta mejoría, fueron quitados de allí. Un poco después, el coronel a cargo del hospital y unos pocos de sus subalternos fueron llevados por los japoneses a un lugar lejano. Para su horror encontraron a aquellos hombres parados a la cabecera de sepulcros que ellos mismos habían cavado a juro. Fueron fusilados a sangre fría por un escuadrón japonés y sus cadáveres tirados en montones en aquellos hoyos recién abiertos.

Poco después de ese incidente los nipones presentaron un documento que prohibía cualquier intento de escapar e insistieron que cada cual lo firmara. Los oficiales y la tropa rehusaron. A los captores nunca les faltaba una represalia y en esta ocasión respondieron en seguida con una.

A los prisioneros — 14.860 de ellos, excluyendo los hospitalizados y el personal del hospital — se les obligaron a ocupar un encierro de alambre de púas que medía 87 metros por 55. En tiempos normales la misma área abrigaba seiscientos hombres. Se habían montado ametralladoras en los rincones del cercado y reflectores que lo alumbraban en horas de la noche. Las condiciones eran horribles en el mejor de los casos y pudieran deteriorado rápidamente en una catástrofe.

Los hombres tenían que comer por turno. Nadie podía acostarse o siquiera sentarse excepto por turno. El cuarto día hubo un brote de disentería que se esparció rápidamente, amenazando a todos. El comandante de las tropas británicas y australianas fue obligado bajo coacción a firmar una declaración de no escapar. De otra manera los descorazonados japoneses habían amenazado a incorporar en ese infierno a los hospitalizados y a sus custodios.

Fue una muchedumbre variopinta que abandonó aquellos portales de la muerte; varios habían sucumbido ya. Aquellos caminaron como mejor podían, llevando consigo sus escualidas pertenencias. Aunque tenían las piernas hinchadas y los ojos enrojecidos por no dormir,

arrastraron sus agotados cuerpos a través de los polvorientos kilómetros. Algunos hasta cantaron cánticos de guerra; estaban derrotados pero no conquistados.

Capítulo 6

Campo de concentración

Los seres humanos son criaturas extrañas: tan débiles pero tan fuertes cuando las condiciones lo exigen. Se reunían en grupos grandes cuando las circunstancias permitían y cantaban hasta no poder. Usualmente estas fiestas comenzaban con los viejos cantos favoritos pero casi siempre terminaban con números sagrados. El canto de himnos ayudó mucho a los presos, uniéndolo mejor de la vida de antes y las aspiraciones del futuro inseguro.

A veces en estas sesiones figuras solitarias se levantaban lentamente para salir a solas entre la muchedumbre y desaparecer en la oscuridad, mirar largamente el cielo adornado de estrellas y contemplar la Cruz del Sur en su descenso por el horizonte. Pronto todo había terminado hasta otro día y cada cual se metía debajo de su sábana rota y sucia, o de su saco de arroz, para soñar con amigos y hogar.

No puedo dejar de mencionar las víctimas de la avitaminosis. Este grupo particular de mártires estaba en constante movimiento, padeciendo lo que comúnmente se conoce como “pies felices”. Caminaban con paso suave en torno al recinto una y otra vez en un intento por aliviar la quemazón que sentían en los pies. Al caer la noche, parece que el dolor se intensificaba y no había alivio. Las víctimas estaban fuera de sus cabales; algunas se extendieron sobre su espacio para acostarse, cayendo para no levantarse más. Otros sufrían feos convulsiones. La voluntad de vivir caracterizaba a algunos y la de morir a otros.

La comida era un interminable tema de conversación, siempre salía a flote alguna referencia a los buenos tiempos de antes. Esto es comprensible porque nuestras raciones estaban al nivel de una hambruna: tres cuartos de taza de arroz y agua tibia para el desayuno; tres cuartos de taza de arroz y café (el agua en el cual se había hervido el arroz) para el almuerzo; tres cuartos de taza de arroz para la cena más un hervido de hojas verdes, una pelotita de arroz frito en aceite de palma y a veces un pedacito de carne si se había muerto un yak, posiblemente con café.

El hambre impulsaba a los hombres a hacer toda suerte de cosas. Sintiendo una falta de calcio, comían lagartijos, culebras y caracoles, y a veces en su desespero, ratones y ratas también. Los gatos y los perros se convirtieron en una delicia porque la demanda superaba el suministro. Unos cuantos soldados japoneses perdieron sus mascotas y sólo podían conjeturar lo que había sucedido. Poco sorprende, entonces, que muchos mozos británicos y australianos, una vez fuertes de cuerpo, se quedaron destrozados.

En aquellos días amargos yo daba gracias al Señor por lo precioso que era la presencia suya y el consuelo de las Escrituras. Anoté en mi cuaderno varias verdades que me impresionaron; de ninguna manera doy a entender que se originaron conmigo.

El fruto de una vida en Cristo es una vida como Cristo.

Nuestro andar es la expresión exterior de una vida interior.

Es hermoso ver un barco en el mar, pero da temor ver el mar en el barco. Así también es hermoso ver la Iglesia en el mundo, pero da temor ver el mundo en la Iglesia.

Dios liberó a Israel de Egipto en una noche, pero costó cuarenta años sacar a Egipto de Israel.

La comunión es el privilegio de los santos pero son particulares la historia y las experiencias del alma.

Nada iguala al poder de un ejemplo.

Los hechos existen, la fe cree y los sentimientos siguen.

Un hombre es lo que es y no lo que dice que es.

Fui probado severamente en lo físico a lo largo de los últimos meses de nuestra permanencia en Singapur. El dengue se apoderó de mi cuerpo; esta enfermedad se caracteriza por dolores severos en las coyunturas y en la espalda, acompañados de fiebre. La fiebre fue recurrente, dejándome agotado y deprimido. La situación empeoró y un severo ataque de malaria postró mi cuerpo ya debilitado. Fracasó todo intento de controlar la fiebre que ardía adentro, me quedé inconsciente por seis horas con una temperatura de 40,4°.

Soñé estar en el cielo. Era maravilloso estar allí; no puedo describir mi experiencia. La música era hermosa como nunca antes había escuchado. Todo el mundo estaba vestido de blanco y la paz que llenaba aquel retirado ambiente sobrepasó toda descripción y comprensión. Me encontraba en entero reposo.

Entonces recuperé el conocimiento paulatinamente y por fin llegué a la triste conclusión que yo estaba en el cuerpo todavía, en el campamento carcelario de Changi en Singapur. ¡Qué chasco! Queridos amigos, el cielo es real, y me agrada sobremanera que será mi eterno hogar debido a mi fe en el Señor Jesucristo.

La deficiencia de vitaminas se reveló de muchas maneras feas. Los hombres sufrieron azotes de escrotos sangrientos, de lenguas enrojecidas y adoloridas y más de todo de llagas supurantes que negaban a curarse. Para comprender cabalmente esas condiciones repugnantes uno tiene que vivir en carne propia la incomodidad de un escroto supurante, las agonías de una lengua encendida y lo asqueroso de dos piernas que parecen leprosas.



La carencia de drogas agravaba la situación y, no obstante los esfuerzos heroicos del personal médico, las condiciones iban de mal en peor. Las evaluaciones de enfermos se convirtieron en largas filas de hombres lánguidos de pie bajo un sol candente día tras día, anhelando u orando por algún alivio pero plenamente conscientes de lo desesperante de la situación.

Varias de las cuadrillas laborales habían abandonado Singapur cuando comenzó el año 1943, y por una u otra vía extraoficial llegaron noticias de las tragedias que alcanzaron algunas de ellas. Se hablaba de la aniquilación de los prisioneros enviados a Borneo, de los cargamentos humanos que se ahogaron rumbo a Japón y de las filas diezmadas entre los obreros ferrocarrileros en Tailandia y Birmania. Esto desmoralizó a aquellos que esperaban su traslado a lo que parecía ser su muerte.

Permítame recordar un poco al terminar este capítulo. Mi condición física se estaba tornando un tanto grave. Pasé por diversas etapas de un escroto vivo, lengua enrojecida, gran pérdida de peso, amenaza de fiebre reumática y pérdida parcial de la vista, todo lo cual daba lugar a una seria reflexión.

El dengue me estaba drenando las fuerzas todavía y me costaba proseguir. En esta condición física deteriorada me sorprendí encontrarme incluido en la infortunada "Fuerza H", el próximo lote a ser enviado a Tailandia. No tuve fuerza para protestar contra esa injusticia y con abandono me resigné a la voluntad divina. Gran paz y confianza inundaron mi corazón con esta entrega total. Los años posteriores probaron el poder y el interés que el Señor tenía en mi propia e insignificante vida. La escuela que había escogido para mí era una muy desagradable; fue difícil aceptar la amargura, y muchos clamores angustiosos pasaron por mis labios.

Dios obró un milagro a favor mío cuando parecía que mis fuerzas aumentaban día a día. Desde el día que nuestro triste grupo partió de Singapur mis enfermedades crónicas se

quedaron atrás y quién sabe si la salud mía no era tan buena como la de cualquiera en la Fuerza. Llama más la atención el hecho que yo estuve expuesto a la muerte varias veces pero mi vida fue preservada milagrosamente.

Capítulo 7

Viaje a lo desconocido

Los japoneses eran maestros del subterfugio. La Fuerza H iría al norte, a los colinos; les tocaba un descanso después de su largo asedio en Singapur. “Lleven consigo sus objetos deportivos e instrumentos musicales para aprovecharse de los largos días de relajamiento”, nos dijeron.

La Fuerza H estaba deprimida. La mayoría de los físicamente sanos ya habían salido al Norte. Muchos de los enfermos habían sido incorporados en esa cuadrilla laboral, y fue una columna de hombres en triste y desgredada condición que salió del cuartel y se montó en los camiones. La carga era de esqueletos vivos que se aferraban a sus pequeños bultos que contenían los efectos personales.

Cuando un tren de carga frenó ruidosamente en la plataforma, no dimos importancia al detalle, pero pronto nos dimos cuenta de que éste era nuestro medio de traslado. El volumen de cada vagón era de aproximadamente la tercera parte de lo que es un vagón americano. Hechos de acero, cada uno tenía que acomodar treinta y cinco hombres con sus pertenencias. Nos metieron como ganado, con uno que otro golpe de rifle si el progreso parecía lento. Hecho esto, cerraron y sellaron las puertas, excepto por una abertura de cinco centímetros para ventilación.

Por unos pocos minutos nos quedamos mudos por el susto, en la semioscuridad. Después del espacio libre de Changi nos parecía que nos exprimirían en esta inconcebible prensa. Pronto el tren arrancó, enfrentándonos violentamente a la realidad. Sonaron pitos, gritaron guardias y nuestra cápsula de muerte se adelantó a bandazos. El ruido era ensordecedor; parecía que las ruedas eran cuadradas; y, a medida que entramos en el brillo del sol el vagón se convertía en un horno.

Enceguecidos por nuestro sudor y nauseados por el hedor de treinta y cinco cuerpos sucios, estábamos agotados físicamente y aplastados mentalmente. Sudamos, refunfuñamos, peleamos y discutimos. Los nervios estaban muy de punta. Sin agua, sin comida, era casi imposible sobrevivir. La casi absoluta falta de medidas sanitarias trajo muy de cerca las enfermedades y la muerte. En el día estábamos casi asados y en la noche a riesgo de perecer helados.

El viaje parecía interminable; por siete días y siete noches esta ruidosa, cruda cápsula sacudió su carga a través de una selva casi continua rumbo a una oscuridad desconocida. Nuestra única alimentación era arroz agrio cubierto de moscas azules y nuestra bebida el agua grasosa procedente en mayor parte de la caldera oxidada de la locomotora.

Durante aquellos días de crisis yo agradecía la fe que se sembró en mí cuando joven. Era vibrante y sustentadora, una fe viva que no podía ser apagada por cárcel, fuego o espada. En este negro valle de la sombra de muerte yo siempre encontraba a mi precioso Salvador con los brazos abiertos para recibirme cual hijo temblante. Cantaba a susurros:

Mi mano ten, la vía es tenebrosa,
si no la alumbró tu radiante faz;
por fe yo alcanzo a percibir su gloria.
¡Cuán grande gozo! ¡Cuán profunda paz!

Desembarcamos en Bangkok, nuestro número disminuido ya. Nos arreararon de una vez a un campamento intermedio que no era más que unas pocas chozas de paja plagadas de moscas y sucias como lo logran solamente unos asiáticos sin preparación alguna. Se nos dio el arroz

acostumbrado y nos mandaron a descansar. Era imposible hacerlo. No había ninguna posibilidad en ese sol abrasador con la hediondez del excremento que otros ocupantes habían dejado atrás y la presencia de huestes de insectos de toda índole.

Con las cantimploras llenas, marchamos hacia la noche tailandesa y lo que sería una procesión de muerte para unos cuantos. Por diecisiete noches nos arrastramos a través de la jungla inhóspita. Los guardias japoneses nunca caminaron lentamente, ellos tenían que cumplir su itinerario. Por nuestra parte, cargamos lo poco que era nuestro, y de los palos llevados por dos estaban suspendidos las herramientas y los diversos utensilios. Al caer un palo, el más cercano lo aguantaba. Al resbalarse, un preso recibía abundantes golpes de los rifles de los guardias. Otros, al caer, no volvieron a levantarse y no los vimos más.

Parábamos la marcha cuando el sol estaba en su cenit. Dormíamos por estar totalmente exhaustos, y los tais hurtaban nuestros escasos bienes. Las moscas, portadoras de enfermedades, protestaban nuestra invasión, o se presentaban para alimentarse de nuestra suciedad. Avanzamos a tumbos, cayendo y prosiguiendo para no perder la vida. Nos agachábamos para pasar por debajo de las ramas bajas; luchamos en barro hasta las rodillas; resbalamos sobre vides; sufrimos cortaduras en los pies penetrados por clavos de bambú. Además de todo esto, aguantamos las voces chillonas de los guardias despiadados con su continuo grito: *Speedo, all men speedo* (aproximadamente: “Apúrense, todos apúrense”).

Pero en toda esa odisea el compañerismo era máximo. Los nipones gritaban y abusaban; los tais se reían y hurtaban; nosotros esperábamos y orábamos por mejores días y proseguíamos en la marcha en accidentadas columnas hacia un destino desconocido.

Nos paramos en un punto que no figuraba en el mapa. La jungla era espesa, cargada de enemigos potenciales y llena de zancudos mortíferos. Aun cuando habíamos marchado toda la noche, en pocos minutos todo el mundo estaba ocupado en la tala de árboles y de bambú. Una vez ensanchado el claro, se levantaron unas pocas carpas porosas y por ese medio supimos que se había establecido el notorio campamento de Tonshon Sur. Ahora sabíamos cuál era nuestro papel en los planes de los captores: participaríamos en la construcción de lo que sería el infame Ferrocarril de la Muerte.

Capítulo 8 **Ferrocarril mortífero**

Una de las empresas más costosas en la historia del mundo fue la construcción del notorio “Ferrocarril de la Muerte” desde Bangkok hasta los linderos con Birmania. Varias veces intereses extranjeros intentaron hacer ceder las fronteras de la naturaleza pero el costo en dinero y vidas se los prohibió.

Los japoneses nunca contaron el costo. Se aprovecharon de los recursos naturales del país y de las vidas preciosas que la guerra había echado en su regazo. Para ellos la vida era barata o aun sin valor, la había de sobra. A la postre se estimó que el proyecto costó una vida humana por cada durmiente que fue colocado en su construcción. Ese cálculo no toma en cuenta el sudor, la sangre, la labor y las lágrimas, ni la miseria jamás contada por los muchos sobrevivientes.

La mañana después de nuestra llegada nos despertamos al áspero ¡*cura!* de nuestros guardias. Después de un desayuno de arroz y agua a la carrera, la orden fue: *Speedo; all men go*. (aproximadamente: “Rápido; todos van”). Quería decir que todos deberían acudir al sitio del futuro ferrocarril y trabajar. No lo comprendíamos. Habíamos marchado por diecisiete noches y la mayoría estaba enferma, muy enferma. Los pies y las piernas estaban tan hinchados que uno casi no distinguía los dedos. La mayor parte de los hombres estaban acostados sobre sacos de arroz. Algunos estaban rodeados de vómito y otros acostados en su propia suciedad

porque no podían moverse. Y, todavía otros habían pasado la noche anterior en el agonizante agite de la malaria.

“¿Todos?” protestamos vigorosamente. “Todos” respondieron cruelmente los guardias, y con esto comenzaron a usar “el persuadidor”. Bajo amenazas y golpes con la culata de los rifles, el resto se arrastró débilmente para juntarse a sus compañeros que ya habían hecho la formación.

La sangre me hervía; todo mi ser se levantaba en protesta; nunca en la historia de la guerra moderna se había manifestado tanta crueldad inhumana. Me preguntaba, mientras oraba por fuerza para mí mismo y para los demás espectros humanos, si podía haber perdón para esa conducta tan bárbara. “¿Por qué no interviene Dios? ¿Por qué permite que esto continúe?” En buena medida estas preguntas están sin respuesta todavía.

Esta fue la primera vez en mi vida que había cuestionado el proceder divino y en momentos de reflexión me he reprendido muchas veces. Adoloridos, penetramos esa jungla apesotosa. El aire estaba cargado del intenso zumbido de los mosquitos portadores de parásitos que por miles de años habían inhibido que el interior de Tailandia se poblara. Cargamos nuestros amigos en literas improvisadas, y también sobre los hombros.

Todo el día estuvimos bajo el sol implacable, golpeando a martillo bien sea a pie o postrados para perforar la roca maciza. Una vez listo un hoyo, se colocaba la dinamita para volar toda el área. Luego se metía la roca partida en cestas, pasándolas de mano en mano a lo largo de una cadena humana para vaciar el contenido en algún lugar designado. Lo hacíamos por doce o dieciséis horas cada día, sudando y manoseando las heridas, orando a la vez por mejores tiempos.

Lentamente abrimos una vía a través de las montañas, volando rocas y talando árboles grandes para luego mover sus troncos con rollos y mandarrias. De alguna manera los japoneses construyeron puentes a través de torrentes, de ríos cargados de barro y de quebradas profundas. Literalmente cortamos una entrada a esa selva densa y hostil.

Durante aquellos meses tortuosos encontré una sola respuesta a las condiciones tan adversas que enfrentamos, y era la fe en el Señor. Intenté compartirla con otros y encontré unos cuantos oídos abiertos para las Escrituras. Muchas fueron las oraciones que ascendieron del corazón al Trono de la Gracia desde aquella jungla.



Rodeados por todos los costados por una jungla de bambú, sin ninguna vía de escape, estábamos ante una muerte en vida. Lavarse en el río podía traer la muerte por el enemigo más temido en el campamento, el cólera, de manera que optamos por la suciedad y la repugnancia de cuerpos hediondos. Muchas veces deseábamos que lloviera porque sólo así uno podía lavarse con seguridad, ya que en ese entonces no disponíamos de jabón. Sólo los gravemente enfermos dejaban

de aprovecharse de la precipitación tropical. En tiempos de sequía bromeábamos acerca de bañarse en una taza y lavarse en un vasito.

La escasez de comida era crítica. Nuestra dieta diaria era apenas como para un pájaro y no para un hombre maduro. Nuestros estómagos han debido achicarse porque parece que se

llenaban con muy poca cosa. La ración era más o menos la de los días en Singapur pero estábamos trabajando mucho más y por más horas. A menudo era las 6:00 o las 7:00, y en una pocas oportunidades las 10:00 pm, cuando terminábamos la jornada del día. Los guardias portaban grandes teas cuando trabajamos en la oscuridad.

Con una dieta tan reducida, era grande la tentación de conseguir comida por las buenas o por las malas. Ni el castigo más severo podía persuadir a los hambrientos a no buscar alivio. El mercado negro floreció. En toda situación nunca falta quien se hace de gallito. Carecían de escrúpulos y principios, y eran muy atrevidos. Lograban pasar a hurtadillas en la noche por las cercas de alambre de púas para revisar los viejos botaderos de los campamentos militares en las plantaciones de caucho, para volver y vender su botín en el mercado negro. Cada comunidad cuenta con sus villanos y los campos de detención no están a la zaga.

La hambruna llevó los hombres implacablemente a situaciones sin precedentes. Que mi lector intente visualizar a un varón de buena familia, que tenía buen empleo en su vida de civil, sentado por largo rato casi desnudo con un trozo de cordel con nudos en la mano. Aparenta muchos más años de los que tiene, los huesos se distinguen detrás de un mínimo de carne manchada y los ojos están hundidos muy adentro. Parece que vive aislado en su propia mente y se aferra a aquel cordel con su taco de madera amarrado en un extremo. Al halarlo, ladrillos se desploman sobre unos pocos granos de arroz, puestos allí con la esperanza de atrapar un pajarillo. Con suerte, el sujeto logra cazar algo para aplacar su hambre.

La cruel esclavitud del hábito atrapó a algunos. Hubo el caso del norteamericano que había sido profesor universitario quien invirtió fuertemente en valores de la bolsa y perdió todo en la debacle económica de 1929. Perdió el equilibrio mental, se alistó como soldado raso, fue capturado por el enemigo en alta mar e internado en el campamento. Cuando llegó una de las dos bolsas de la Cruz Roja que los japoneses permitieron que se distribuyeran, él vendió su parte por unos pocos cigarrillos. No logró dormir aquella noche y los fumó todos de una vez.

Pero muchos otros también eran esclavos del tabaco, sacrificando alimentos para satisfacer su ansia. Algunos fumaban hojas secas, papel o hierbas. Era muy desagradable cuando los guardias se presentaban fumando sus miserables cigarrillos baratos, pues una vez que ellos se marchaban algunos prisioneros se tropezaban uno sobre otro en busca de los cabos dejados atrás. Sus miradas desdeñosas ante esa degradación eran repulsivas.



Effects of Malnutrition

El hambre era un amo cruel y sus víctimas lo pagaban caro. Un joven australiano, desesperado, intentó comprar unos cambures de un tai al otro lado del alambre de púas. Tanto los japoneses como nuestra propia comandancia prohibían hacer eso; el riesgo que presentaba era altísimo. Lamentablemente, fue descubierto y el comandante de la guardia, desplegando la reputación japonesa de ser maestro en el arte de la tortura, mandó llenar la boca del culpable de chili, mucho más picante que la pimienta. Se obligó al sujeto quedarse en pie en pleno sol con las manos levantadas sobre la cabeza. Cuando dejaba caer un poco las manos, los guardias lo daban codazos a punta de bayoneta, hasta que cayó inconsciente. Un balde de agua fría lo despertó y se repitió el proceso. Se incorporó nuevamente en su cuadrilla, exhausto, y recibió la poca

ayuda que el cuerpo médico podía prestar.

Cada día se veían docenas de incidentes de este tipo. Nuestros guardias nunca interrumpieron su búsqueda implacable por intentos a desobedecer. De cualquier manera, siempre acusaban a alguien cuando no encontraban a ningún ofensor auténtico. Los presos tenían que ser subyugados, los guardias tenían que hacer gala de su superioridad.

Un día fui asignado a ser asistente médico en una cuadrilla de trabajo que estaba construyendo un puente a través de un barranco que tenía una profundidad de unos 54 metros y una anchura de 23 y presentaba un verdadero problema. Algunos hombres estaban trabajando arriba en la perforación de hoyos donde colocar la dinamita y otros estaban abajo en la fría profundidad de la quebrada montañosa. Repentinamente, sin advertencia para nosotros abajo, los ingenieros nipones detonaron la carga. Enormes piedras y escombros cayeron en la caverna y mataron a un soldado japonés e hirieron a varios prisioneros. Pasado el mayor susto, miré a mis colegas en derredor, bajé la cabeza y me acordé de Salmo 91.7: “Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra; mas a ti no llegará”.

Uno nunca sabía qué iban a hacer ellos; eran capaces de sonreír tan placenteramente, desplegando aquellos dientes de oro, y en seguida postrar a uno, dejándolo inconsciente por el golpe de algún instrumento.

Todo tipo de reunión estaba restringido y no se permitía ningún mitin ni culto, lo que perjudicaba severamente al grupito de creyentes, de manera que decidimos arriesgarnos. Muchas veces al atardecer acudimos solapadamente a una choza desocupada para conversar y animar el uno al otro en Cristo; estos raticos de comunión eran de inestimable valor. Una noche, sentados en un círculo cerrado y ocupados en la oración, nos dimos cuenta que alguien más estaba presente; estábamos bajo observación.

Al encenderse un fósforo la luz tenue reveló la forma de un guardia. Nos llenamos de temor. Como mejor pudimos, valiéndonos de gestos y de un inglés rudimentario, le dijimos que estábamos orando a Dios. Él respondió en su inglés pobre: “Ustedes conocen a Jesús. Yo conocía a Jesús en Japón. Okay. Okay”. Y advirtió: “Todos hombres van, van”. No hacía falta un segundo aviso; cada cual desapareció en la oscuridad de la noche. El resto de nuestro tiempo sin dormir lo ocupamos en alabanza a Dios por habernos guardado. Al haber sido cualquier otro guardia, algunos del grupo pudieron haber pagado con la vida. Cerramos los ojos aquella noche con corazones agradecidos y con la convicción que el Dios de Daniel vive aún.

A menudo reflexiono sobre el trasfondo de aquel incidente, y en mi mente veo unos misioneros bregando en Japón y desanimados por falta de fruto. Ellos se sorprenderán en la Gloria al saber que su testimonio fiel fue usado para salvar la vida a seis jóvenes prisioneros de guerra.

Ocurrieron muchas tragedias en el campamento que no siempre resultaron en la muerte, pero que también evocan gran pesar. Algunos perdieron la vista y el oído; otros la coordinación de sus extremidades. Y, lo que es peor, algunos perdieron el equilibrio mental.

Uno de los prisioneros, quien había tocado el primer violín en la *London Philharmonic Orchestra*, se enfermó con grandes úlceras tropicales en las manos y los brazos. Fue algo inusual, ya que aquella aflicción generalmente ataca las partes inferiores de la pierna. Los médicos no hallaron cómo detener esas erupciones y después de mucha demora y consulta entre sí decidieron amputar en aras de la vida del afligido.

El músico protestó vigorosamente y rehusó someterse a la operación, así que el prolongado tratamiento y cuidado de parte de los médicos y de los asistentes logró parar el progreso de las úlceras y con el tiempo empezaron a desaparecer. El hombre, muy dedicado a su profesión y agradecido por poder usar las manos y los dedos, hizo para sí un teclado en miniatura y lo tocaba hora tras hora para mantener las manos en buena condición. La secuela de esta historia es que tuvimos la feliz suerte y la gran emoción de oírle tocar el violín.

Nota el traductor: El ferrocarril era de 415 kilómetros, construido en 16 meses. (Una empresa británica que se interesó en la posibilidad antes de la guerra estimó cinco años para su construcción). Se ha publicado varias estimaciones del número de trabajadores en el proyecto y de los muertos. De los 200 000 asiáticos, fallecieron unos 80 000. De los 62 000 británicos, holandeses y

australianos que fueron obligados a trabajar, murieron quizás 10 000. Otros estiman un número mayor. Adicionalmente, murieron 1 000 o más soldados coreanos y japoneses. Aproximadamente un 27% de los prisioneros de los japoneses en la segunda guerra mundial fallecieron en cautiverio (de los alemanes, un 3%).

Capítulo 9 **Cristo la respuesta**

Era 1943. No importa qué mes, simplemente 1943. Los días eran sombríos y las cargas se tornaban más pesadas. El ánimo de los presos estaba muy bajo debido a que las condiciones locales y, peor, las malas noticias de afuera. Quizás íbamos a ser esclavos de por vida. Llegué a la conclusión que para sobrevivir uno tendría que darse por completo a las necesidades del prójimo y valerse de la fuerza y el coraje de su Padre Celestial.

El mandamiento de amar al prójimo es difícil en todo momento, pero muchísimo más en días adversos y tensión aguda. “¿Cómo puedo amar a otro?” me preguntaba. Amar a otro era más complicado de que me había dado cuenta. Después de mucho ejercicio espiritual encontré que podría amar a mis compañeros en el campo no obstante haberlos conocido crudos. Al extender mi amor casi al límite podría amar también a los nacionales al otro lado de la cerca de alambre, a pesar de que habían puesto al descubierto a algunos buenos muchachos que intentaron escapar. Me quedaba un obstáculo grande: los japoneses. ¿Podría amarles a ellos también?

No era posible esquivar el asunto, ni había cómo dar la vuelta para evitarlo. La Palabra de Dios manda claramente: “Amad a vuestros enemigos; bendecid a los que os persiguen”. Pasé noches sin dormir luchando con esta cuestión y con Dios; seguramente había excepciones a este mandamiento. El resultado de este ejercicio espiritual fue que acepté la grande y dolorosa verdad que todos los hombres, no importa el color de su piel ni lo pervertido de su naturaleza, eran mis prójimos y yo debía amarles por el nombre de Cristo.

En aquellas condiciones abortivas, nació mi deseo de presentar al pueblo japonés el evangelio de Jesucristo. Habiendo llegado a estas conclusiones, se me quitó una gran carga y la paz de Dios entró en mi corazón. Mi convicción recién descubierta iba a ser sometida a prueba más pronto de lo que pensaba, por cuanto los capítulos 12 y 13 caben aquí en la secuencia de los eventos.

Cierto día me encontré ante un grupo de hombres demacrados y desmelenados. Difícilmente se ha podido encontrar en cualquier parte unas criaturas tan desesperadas. Por supuesto, el predicador no difería en nada de su auditorio. Puse delante de ellos un poderoso texto de cuatro palabras.

“Mi texto esta noche es muy sencillo”, comencé. “Sólo cuatro palabras: ‘No temas, cree solamente’. Quiero que visualicen la escena de un padre con el corazón partido acercándose a una fuente de la cual iba a recibir consuelo, ayuda práctica y simpatía. Todas sus esperanzas y ambiciones estaban por el suelo; sus sueños se habían desvanecido. La flor de su hogar había sido quitada en su frescura y hermosura. La muerte había dejado su inevitable cicatriz sobre un hogar antes tranquilo. Su hija de doce años estaba muerta”.

“Su necesidad era grande, pero él creía que podía ser satisfecha y por eso acudió a Jesús. Sus siervos intentaron desanimarlo: ‘¿Para qué molestas más al Maestro?’ Él se hundió en la profundidad del abatimiento, aparentemente nadie se interesaba ni podía ayudarlo. Allí estaba, solo y desamparado, un cuadro de miseria. Entonces llegaron las palabras del Maestro a través de la bruma de la incertidumbre: No temas, cree solamente”.

“Desapareció de su rostro la desesperación y se le fue la carga. Él siguió con denuedo al Maestro y gozosamente recibió a su hija con vida nuevamente. Su fe fue premiada, sus esperanzas renovadas. No temas, cree solamente”. Los ojerosos se animaron perceptiblemente y unas pocas lágrimas cedieron a ligeras sonrisas mientras el Espíritu hincaba la Palabra de Dios.

Proseguí: “¿Cuántos de nosotros hemos perdido el coraje como aquel hombre? Nuestras esperanzas han sido defraudadas y nuestras ambiciones se han hecho añicos a nuestros pies. Nos arrancaron la juventud y muchos aun estamos marchitos. Nos damos cuenta de que nos estamos hundiendo, estamos cansados y deprimidos. La malaria, disentería y fiebre nos halan hacia abajo y nos dejan abatidos. Pero a través de la neblina de la incertidumbre, cual rayo de sol que cae sobre nuestras vidas oscurecidas, vienen las palabras de consuelo dispuestas a darnos confianza y levantar nuestras esperanzas. No temas, cree solamente”.

“Nunca los hombres han sido sujetos a estas privaciones, nunca se ha exigido tanto a seres humanos y se les ha dado tan poco. Nuestra fe ha faltado y nuestros espíritus están de capa caída. Pero no se desanimen, tengan ánimo. ¡Escuchen! ¡Escuchen! ¿No oyen las palabras de consuelo para los enfermos, las palabras de estímulo para los cansados? No temas, cree solamente”.

Capítulo 10

Cólera

El cólera — la enfermedad temida por todos los ejércitos en el trópico — había llegado por fin a nuestro grupo abatido. Nuestros cuerpos se habían debilitado por los repetidos ataques de malaria y los frecuentes períodos de disentería. La moral estaba más abajo que nunca, de manera que nuestros espíritus se aplastaron cuando llegó al campamento el horrible espectro del cólera.

Todo comenzó en el campamento asiático. Una fila interminable de camilleros marchaba lentamente a un claro en la jungla donde botaban las víctimas de este azote. Esperábamos y nos preguntábamos cuándo nos tocaría. El latigazo cayó cierta noche con efectos desastrosos. Algunos de los hombres que avisaron estar enfermos en la mañana ya estaban muertos cuando regresamos del ferrocarril. El azote había comenzado.

Se hizo un llamado para atender a los enfermos; nadie sería obligado a hacerlo. Era cosa muy difícil ofrecerse para esa obra y lo sopesé cuidadosamente. Oré con sentimientos cruzados, pidiendo sabiduría, ¿o sería que pedía fe y coraje? Como todos los otros yo quería ver de nuevo a mis seres queridos en mi terruño escocés.

Salí a la cruel selva en la oscuridad. Le conté al Señor mis temores, debilidades y deseos humanos. Me postré ante Él bajo el techo estelar del cielo, rodeado de enemigos y una humanidad hirviente y fracturada.

De repente allí en mi Getsemaní, estuve consciente de una Presencia invisible. Fue casi como una voz que hablaba. Nadie de este mundo se había juntado conmigo, pero el Salvador sí, y Él portaba un mensaje para esta misión difícil. Atónito ante la realidad de este encuentro con el Señor, volví al campamento para anotarme. Hice saber mi decisión al comandante del campamento, quien solemnemente señaló los peligros y dejó en claro la posibilidad de una muerte repentina. Pero la suerte ya estaba echada; yo debía cumplir con la orden de mi Maestro.

Trabajamos fervorosamente toda la noche para terminar los preparativos para establecer un campamento del cólera. En la mañana nos despedimos apresuradamente de nuestros amigos y simpatizantes, y nos alejamos de la tierra de los vivientes para entrar en el valle de la sombra de muerte. Daba lástima ver nuestro grupo de esqueletos humanos, cada uno con su bultito de

escasas pertenencias, portando también unos pocos suministros médicos. Algunos andaban con pasos pesados pero yo con la mano en la del Salvador.

Un espacio despejado en la jungla albergó unas pocas carpas permeables, desprovistas de toda suerte de muebles. Estas consistían en cuatro paredes rotas, un techo podrido y la fría madre tierra como piso. En ese ambiente inhóspito y sombrío muchos varones iban a librar su última batalla y dar su último suspiro.

Nuestro primer contacto con la temida aflicción se presentó de manera abrupta y dolorosa. El atleta campeón de la compañía, corredor de larga distancia, un buen mozo de pelo liso, piel blanca y mejillas rosadas, cayó con cólera a los veinticuatro años. Caminando lentamente al nuevo campamento, parecía un hombre de noventa, y en cosa de horas estaba muerto.

La enfermedad se propagó como una plaga entre los asiáticos y los blancos por igual. Se despachaba de una vez del campamento principal al campamento del cólera a cualquiera que manifestaba signos de la enfermedad. Era como ser enviado a la cámara de muerte, pero éstos con apariencia de ancianos aceptaron su suerte con valor. Algunos hasta sonreían débilmente al ser llevados en esta primera etapa de su último traslado.

El campamento del cólera se llenaba muy pronto, pero el espacio nunca era un problema: tan pronto salía un muerto, entraba un vivo. Mis experiencias en esa coyuntura eran las más difíciles de sobrellevar y las más frustrantes que había conocido en mi vida de joven. Limitados en cuanto a aparatos y útiles, enfrentábamos la tarea imposible de quitar de la boca de la muerte los cuerpos humanos descarnados y atormentados. Hubo ocasiones cuando iba apresuradamente al borde de la jungla, vaciaba el estómago y suplicaba a mi Padre Celestial que aliviara mis nervios que estaban de punta, además de tener misericordia de los moribundos que estaban en circunstancias repugnantes.

Al observar estos hombres aproximarse a la muerte, uno discernía las distintas etapas de la enfermedad. Primeramente el cuerpo se deshidrata como consecuencia de la diarrea y el vómito. Esta deshidratación se manifiesta al principio en las extremidades tales como las orejas y los dedos que se secan y se emblanquecen, luego se acalambran los músculos de los brazos. Simultáneamente se repite el proceso en las piernas; primero los dedos, luego los pies y las pantorrillas y después los muslos; todo esto en un cuadro de gran dolor. Finalmente la enfermedad se concentra en el abdomen, abrazando la víctima inexorablemente para por fin exprimir el último suspiro de un cuerpo convulsionado.

Las probabilidades estaban muy en contra nuestra. Prácticamente se desconocía alguna forma de medicación. Intentábamos introducir líquido en el cuerpo del paciente de cualquier manera posible, pero nuestros métodos eran primitivos. Hervíamos agua del río y disolvíamos en ella sal en piedra para que fuese salina. Entonces la vaciábamos en un frasco con un tubo que levantábamos o bajábamos, cerrando el flujo con los dedos según el caso.

Costaba encontrar la vena en el área del tobillo y nuestros intentos eran dolorosos para el paciente. Teníamos que cortar la carne, que era casi blanca, con un viejo bisturí o un cuchillo de bolsillo. Al encontrar la vena, que era como un cordel viejo, inyectábamos con una aguja desafilada. Terminada esta operación primitiva, nos valíamos de un viejo trapo esterilizado en agua con una débil solución antiséptica (azul de metileno) para colocarlo sobre la herida y cubrirlo con una hoja grande de un árbol de la jungla, amarrando todo con trepaderas que abundaban dondequiera.

Las condiciones de vida han podido volver loco a cualquiera, y por cierto eso sucedió con no pocos. Se prohibía el contacto con el campamento principal. Nos trataban como si fuéramos leprosos, dejando nuestras provisiones, etc. para ser recogidas en un sitio designado.

Al encontrar tiempo para ello, buscaba mi Biblia justo antes del atardecer, dejando la carpa atrás para leer y orar con aquellos guerreros quebrantados. La Palabra de Dios y una voz levantada en humilde súplica fueron las últimas comunicaciones que muchos de aquellos señores oyeron. Sé que voy a encontrarme con algunos en el cielo.

A cierta distancia de nuestra colonia había otra, el botadero para las víctimas asiáticas. Aquellos moribundos estaban bajo la responsabilidad de los japoneses. Las escenas en ese encierro no admiten descripción. Las víctimas las pasaban postradas desnudas al aire libre y sus gritos de angustia resonaban en lo profundo de mi corazón. He escuchado el aullido de animales en intenso dolor y lo he sentido por ellos, pero jamás quiero oír de nuevo a seres humanos abandonados y desechados. “¡Oh Dios!”, clamaba yo, “ten misericordia de estas pobres criaturas; sé vengador del tratamiento cruel de sus enemigos despiadados”.

Cada mañana, a la primera luz del día, un grupo de nacionales iría a ese encierro para recoger los restos de los que habían fallecido en la noche. Los llevaban a una enorme fosa común que había sido cavada en la noche, para enterrarlos con indiferencia. No se veía ninguna compasión o interés por las vidas ya apagadas. En sus agonías habían asumido toda suerte de posición corporal, muchos con los brazos y las piernas levantados en el aire, y estas extremidades sobresalían de la superficie una vez botados los cuerpos en la fosa. Los guardias japoneses, paseando como reyes, partían estos miembros con palas.

En cierta ocasión, a altas y oscuras horas de la noche, yo estaba sentado sobre el tronco de un árbol caído al borde del círculo de nuestras pequeñas carpas, frente de una buena fogata que daba luz y conjuraba los animales. De repente oí que algo se acercaba en el monte. Pensando que era un animal silvestre, me armé de un palo y esperé. Apareció un malayo que se había escapado de su encierro. Su clamor conmovedor fue: “¡Agua! ¡Agua! ¡Agua!” Ese precioso líquido escaseaba; casi no había para los hombres de nuestro propio campamento.

Por fin decidí darle un poco; él quería más pero no había y no accedí a sus ruegos. Vio al lado del tronco un tobo de creosota que guardábamos para lavarnos las manos y, pensando que era agua, metió la cabeza en el tobo y empezó a consumir el líquido grasoso. Esto sólo aumentó su agonía y él se arrastró a la jungla con espantosos gritos de tormento. Poco a poco dejó de clamar y en la mañana su grotesca forma fue encontrada por unos que le buscaban.

Capítulo 11

Vida de fe



En aquellos días uno andaba de la mano con el peligro. Aprendí en estas circunstancias a vivir “momento a momento”. La vida era incierta, todo era incierto, y no sabíamos qué traería el día. Cuando el cólera estaba haciendo estragos hice unos cálculos mentales. Asumiendo cuántos había en el campamento principal y sabiendo cuántos estaban muriendo cada día, calculé que nadie podía vivir más de seis semanas. Fue un pensamiento aleccionador que provocó seria reflexión.

A la sazón fue traído al encierro un sujeto conocido por su deshonestidad y engaño. Aparentemente había sido la causa de la muerte de cierto soldado joven que había hurtado su cobija. Sus compañeros nunca se olvidaron de aquello y buscaban cómo vengarse de ese hecho. Él cayó con cólera. Yo había presenciado muchas defunciones pero nunca vi una muerte como la de ese hombre. Parecía que sufría torturas mentales además de físicas, clamando una y otra vez: “¡No dejen que yo muera! ¡No dejen que yo muera!” Hicimos todo cuanto podíamos pero se empeoró. Le hablamos del Señor pero se aferraba a la vida a tal extremo que no podía escuchar. Se me partía el corazón por este hombre quien, humanamente hablando, estaba sufriendo el castigo de sus hechos.

Un día cuando estuve fuera de la carpa oí su clamor angustioso pidiendo ayuda y corrí a su lado pero en el apuro olvidé ajustar mi máscara. Cuando me arrodillé para atenderlo, me vomitó directamente en la cara. Aparte de lo asqueroso de aquello, era cosa muy seria, ya que conllevaba la posibilidad de la muerte. Salí apresuradamente y me lavé el rostro en agua hirviente, casi sin atreverme a respirar. Luego en la soledad de la jungla me encomendé a nuestro Padre Celestial. Los días que siguieron de inmediato fueron tensos pero Dios obró un milagro en mí mientras esperaba. El desafortunado, por su parte, salió de su carpa agachado, entró en la jungla y pasó sus últimos momentos en ese abandono.

Varias veces yo había oído a los predicadores hablar de “la escuela de la experiencia”, pero sin realmente darme cuenta del significado de la expresión. En esa coyuntura estaba aprendiendo algunas lecciones severas que cambiaron mi enfoque. Enfrenté esta fase específica de mi vida con temor y temblor. La brevedad de la vida y lo pasajero del tiempo me perturbaban. Algunos de esos hombres estaban oyendo el evangelio por primera vez y probablemente por última vez. “Oh Dios, ¿cómo puedo alcanzarles?” Decidí presentar el mensaje por grupos.

Acompáñeme en espíritu ahora a un claro entre los espesos bambúes. Visualice unos hombres sin lavarse, sin afeitarse y sin ropa ordenada, sentados en el calor del sol. En un tiempo eran la flor de la juventud británica y llegaron a ser buenos soldados. Ahora, más muertos que vivos, con ojos que miran pero no ven, mejillas hundidas y cuerpos doblados, están sentados en silencio. El pelo les cae sobre los hombros; sus barbas abrigan piojos y otros insectos molestos. Los cuerpos de algunos están desfigurados por las heridas de la guerra y por accidentes. Reciente y milagrosamente, la mayoría de estos esqueletos habían sido quitados de la boca de la muerte. Están amargados.

Parado ante ellos ese día en particular (supimos después que no era día domingo), les leí las palabras del Señor Jesús como están registradas en Juan 11.28: “El Maestro está aquí y te llama”. Les hice recordar a mis oyentes que el enemigo había logrado separarnos enteramente de nuestro terruño, amigos y seres queridos. Pero había Uno que estaba a una puerta que ese enemigo no podía cerrar, y era la puerta del Trono de Dios. Aunque rodeados de enemigos por todos lados, sin posibilidad de escapar, había siempre acceso a la presencia de Dios. Si a veces parecía que Él estaba alejado, en realidad estaba presente entre nosotros. Parafraseando el texto un poco, dije: “El Maestro está aquí, parado a su lado, y le llama”.

Los hombres dieron la impresión de estar claramente conmovidos cuando esta tremenda verdad alcanzó sus almas confundidas y entenebrecidas. Golpeados, heridos, solitarios y abandonados, se regocijaban en el glorioso hecho que Dios estaba cerca, muy cerca. Parecía que el Señor estaba hablando y ellos estaban en el valle de la decisión, algunos pasando de la muerte a la vida eterna al entrar en el reino del amado Hijo de Dios.

“El Señor Jesús está a su lado”, les recordé. “Él está dispuesto a recibirlo con todo su pecado; puede salvar, puede limpiar, puede cambiar su vida y su destino eterno, pero usted debe responder a su invitación”.

Cerca del final del mensaje estuve constreñido a repetir el texto: “El Maestro está aquí y te llama”. A mi lado izquierdo escuchaba intensamente un joven catire que ha debido ser el ídolo del corazón de su madre. Había sido marinero en uno de los acorazados, el *Prince of Wales*, que fue hundido junto con otros barcos debido a algún error grotesco. Fue rescatado de tener el mar por sepultura y llevado a Singapur donde se le dio un rifle y se le envió a la batalla. Se salvó de la muerte una docena de veces, pero ahora se le acercaba el Rey de Terrores en las últimas etapas del cólera.

Mientras el texto era repetido, el mozo logró levantarse a una posición de sentado con el rostro resplandeciente. “Si me está llamando”, dijo claramente, “voy con Él”. Tambaleó, cayó y se nos fue. Ido, creemos, a la presencia del Maestro que le llamó.

El número de muertos iba en aumento. Un nuevo cálculo muy aproximado, actualizado el número de muertos y la población del campamento, arrojó en la mente mía una expectativa

de vida de diecisiete días. En misericordia Dios intervino y arrestó la plaga. La furia del cólera duró por más de tres meses y luego se fue tan abruptamente como había llegado.

Capítulo 12

Pobre chino

Era mediodía cuando la tranquilidad de la selva húmeda fue interrumpida por los angustiosos clamores de alguien que moría a golpes.

Temprano esa mañana los hombres supuestamente sanos, y también los enfermos, habían arrastrado sus adoloridos cuerpos sendero abajo por el infame “ferrocarril de la muerte” mientras que la chatarra física de esta humanidad había sido dejada atrás en el lóbrego claro donde estaba ubicado el así llamado hospital. Esos señores no sólo estaban quebrantados físicamente, sino en espíritu también; ser consignado al hospital era como oír la sentencia de muerte. Centenares de jóvenes que se sentían defraudados de una vida normal, empeñados en aferrarse a los pocos hilos de vida que les quedaban, daban agitadas vueltas sobre sacos de arroz infectados de bichos.

Sus cuerpos sucios y demacrados se movían inquietamente dentro de las destartaladas carpas de aquel solitario recinto. Sus ojos inertes miraban a través de las puertas la brillante luz del sol y el desolado y desnudo patio. Pensamientos confusos y horripilantes pasaban obligados a través de las células estancadas de aquellas víctimas de la enfermedad y una guerra inhumana. En un proceso mental dolorosamente lento, cada hombre se hacía la misma pregunta: ¿Y ahora quién es la víctima?

En esta ocasión, el objeto de los golpes era un señor chino que estaba tirado en un charco de su propia sangre. Los guardias japoneses se encontraban cerca y uno de ellos todavía conservaba el palo de bambú con que había partido el cráneo del desafortunado; parecían estar casi fuera de sus cabales.

Por muchos años los chinos habían sido enemigos acérrimos de los japoneses. ¿Cómo era entonces que un perro chino hubiera sido abrigado en medio de ellos y se le diera de comer arroz japonés? Era un pecado imperdonable dar arroz japonés a un chino. Ahora que ese señor había pagado con su vida por sus crímenes ficticios, los colaboradores británicos debían ser descubiertos y sufrir el mismo castigo.

La primera víctima estaba parada cerca; era uno de los oficiales del cuerpo médico del ejército británico. Este capitán gozaba de afecto, se había dedicado abnegadamente en sus deberes como médico en un intento inútil de combatir las enfermedades y la muerte. Con la misma dedicación humanitaria estaba coordinando los ejercicios físicos de aquel chino cuando los guardias japoneses se dieron cuenta. Había sido testigo de la crueldad del hombre para con el hombre en ese homicidio insensato. “¿Y ahora qué?”, pensaba al encontrarse delante de sus bárbaros abusadores. No tuvo que esperar mucho ya que cayeron sobre él y le golpearon sin piedad hasta que quedó abollado a sus pies. Nunca se recuperó de un todo de aquello, su muerte unos dos meses después pareció ser consecuencia de aquellos golpes bestiales.

Todo había comenzado un par de semanas antes. Me fue dado el dudoso honor de ser el camillero de los demacrados esqueletos que formaban una de las “cuadrillas de trabajo” que adoloridamente abrían camino a través de la jungla infectada de zancudos, construyendo el ferrocarril.

El escenario aquella mañana era la construcción de un puente a través de un río crecido. Unos hombres que vestían sólo taparrabos se encontraban parados en el vértice de las aguas heladas, intentando en vano halar un mecate en la esperanza de subir el gran tronco de un árbol a los ingenieros japoneses que estaban esperando en lo alto del puente. Repentina y sorpresivamente, el nudo rodó y por un momento el árbol quedó suspendido peligrosamente

en el aire; entonces se desplomó a las aguas turbias. Lamentablemente uno de los prisioneros no pudo evitar que el árbol cayera sobre su pierna, dejándola en pedazos más abajo de su rodilla. La situación requería acción inmediata y por esto se lo removieron de donde estaba y lo llevaron al barranco.

El cuadro daba lástima: un joven extremadamente adolorido, su mutilada pierna suspendida inútilmente por la rodilla. Me sentí muy incompetente pero me encomendé al Señor. No disponíamos de tablillas, ni vendas, ni morfina para aliviar el dolor, pero nos apresuramos para valernos de palitos de bambú y usarlos como tablillas asegurando toda la pierna con tiras de vides. Dos largos palos de bambú y dos viejos sacos de arroz sirvieron de camilla. Levantamos al sujeto cuidadosamente a este catre tan crudo, concientes que estaba más muerto que vivo. Haciendo caso omiso de las protestas de los guardias, cuatro de nosotros cargamos la camilla en una lenta procesión en la selva hasta nuestro primitivo hospital.

El oficial médico, al darse cuenta de la gravedad de la herida, dio instrucciones de una vez a llevar al desafortunado joven a un hospital mejor equipado donde se podía amputar la pierna. Levantamos nuevamente aquel cuerpo semiconsciente y comenzamos nuestro lento descenso por la estrecha y tortuosa senda de la jungla.

Largas filas de hombres deprimidos se habían arrastrado por ese sendero de muerte. Desnudos, enfermos y medio enloquecidos por la sed y el hambre, habían trabajado y sudado bajo el sol abrasador, obligados incesantemente por guardias bien alimentados y bien equipados. Quebrantados en espíritu y exhaustos de un todo, muchos valiosos se rindieron en aquella lucha entre desiguales, optando por el largo sueño de la muerte en vez de las torturas de seguir insistiendo sin esperanza.

A cada lado de la sangrienta trocha de horror se veían huesos emblanquecidos de unos cuantos hombres valientes, toda su carne devorada ya por buitres. Mientras dirigimos nuestros pasos cuidadosamente por aquel laberinto de hoyos de barro y raíces de matas, nos dimos cuenta que alguien gemía en el monte. Dejando nuestro paciente en el suelo nos metimos cautelosamente entre la vegetación y encontramos a un señor chino postrado en una suciedad que no admite descripción. Padecía toda suerte de heridas. Aun cuando el idioma era barrera, supimos por señas que este desamparado quería tan sólo un poco de arroz y agua. Arroz y agua, apenas las necesidades de la vida. No disponíamos ni de lo uno ni de lo otro, y cuando el chino se dio cuenta, su mirada cambió de expectativa al más acentuado desespero. Sintiendo nuestra entera incapacidad, lo dejamos lo mejor acomodado posible en su lecho de lianas, acompañado de escorpiones, culebras y zamuros carnívoros.

Una vez que hubimos entregado nuestro paciente a las autoridades médicas, pensamos de nuevo en el chino herido. Con esperanza de contactarlo de nuevo pudimos obtener de un cocinero benévolo una pequeña porción de arroz quemado y una botella de agua. Al acercarnos al lugar donde estaba postrado oímos gritos y, al encontrarlo, le di su arroz y agua. No hacía falta lengua para comunicar la enorme gratitud que surgió en aquel corazón, sus ojos y rostro lo expresaron elocuentemente. Esta escena conmovedora me hizo recordar la promesa bíblica: “cualquiera que os diere un vaso de agua en mi nombre ... no perderá su recompensa”, Marcos 9:41.

Habiendo hecho por aquel hombre todo lo posible, volvimos al campamento con corazones tristes. Aun cuando dejamos al pobre individuo en la jungla, la visión de ese ser abandonado y moribundo se hizo una obsesión para mí. Cuando no pude soportarla más, me acerqué a los guardias japoneses por medio de un intérprete y les rogué que aquel fuese traído al vecindario del campamento. Los guardias respondieron con un simple encogimiento de hombros, que para los occidentales significó “hágalo si quiere, a nosotros no nos importa”. Así que de una vez planeamos hacerlo.

En la mañana, con la ayuda de unos pocos simpatizantes, llevamos al infortunado a las afueras del campamento del cólera. Pensamos que estaría razonablemente seguro allí en caso que los guardias cambiaran de parecer, sabiendo que ninguno de ellos jamás penetraba esos

barracones de horror. Después de un período de recuperación, el chino parecía mostrar signos de mejoría y hubo esperanza de que fuera a recobrar la salud, pero surgió un problema muy grave en el campamento del cólera y fue eliminado. La pregunta que ocupaba nuestra mente era qué hacer con nuestro buen amigo, sería inconcebible abandonarlo en esa crisis.

Bajo un manto de oscuridad, cuidadosamente lo llevamos a una pequeña enramada que habíamos preparado cerca del campamento principal. Esa chocita de caña estaba de un todo escondida en el monte espeso, permitiendo una cobertura adecuada; con visitas frecuentes podíamos atender a sus muchas necesidades. Había una tremenda escasez de alimentos, pero algunos logramos compartir nuestra mísera porción con este rechazado chino.

Capítulo 13

Ahora yo

Aquella cadena de acontecimientos disparó una de las muchas atrocidades que fueron cometidas en aquellos cuarenta y siete meses de terror. Los japoneses estaban convencidos de que estaban involucrados otros, aparte del capitán británico que ya había sido castigado, y en su acostumbrada eficiencia se dedicaron a averiguar quiénes eran. Durante esa conmovión, yo estaba disfrutando de un muy merecido sueño; la noche anterior había sido angustiosa. Catorce largas horas de guardia en una noche calurosa y húmeda, rodeado de enfermos y moribundos, pueden chupar la energía mental y física de cualquiera. Exhausto y frustrado, había dejado a mis colegas con sus fiebres, tendidos en la fría madre tierra y luchando por sobrevivir.

El chillido de voces agitadas se aceleraba a la par que se acercaban; mi corazón se enfriaba a la vez que un escalofrío me envolvía mientras los guardias gritaban y vociferaban demandando la identidad del villano, o sea el buen samaritano. En un momento capté qué estaba sucediendo. Los incidentes increíbles de las últimas pocas semanas pasaron por mi mente. El gozo de haber podido ayudar a aquella pobre víctima parecía perderse ahora en la oleada de horror y temor que pasó sobre mi corazón. El momento de verdad había llegado; me eché sobre la misericordia del Señor quien nunca me había faltado. Valiéndome de toda la reserva de fuerza espiritual y física que pude invocar, salí de la choza y confronté a los asombrados japoneses.

Velozmente los guardias enfurecidos cayeron cual leones sobre esta víctima indefensa, apenas una sombra de cuarenta y cuatro kilos, a diferencia del confiado soldado escocés que había sido llamado a las filas unos pocos años antes. Me encontraba desnudo excepto por el trapo roto sobre mis lomos, sintiéndome más abandonado e indefenso que nunca antes en la vida. Allí estaba parado en medio de ellos: barbudo, el pelo hasta los hombros y la carne casi desaparecida de mis 1,80 metros de estatura, los ojos y las mejillas hundidas, el abdomen colapsado, las extremidades tristemente delgadas; me sentía sin recurso alguno.

Apenas el domingo anterior había hablado ante setecientos u ochocientos hombres acerca del Buen Samaritano exhortándoles a ayudar sus compañeros menos favorecidos que se habían caído al lado del camino. Repentinamente, vi la relación entre el carácter del Buen Samaritano y la situación en que me encontraba; instantáneamente recibí fuerza; la misteriosa consciencia de la Presencia Divina de mi bendito Salvador inundó todo mi ser. Humanamente hablando, no había vuelta atrás, ninguno de mis colegas se atrevió ayudarme frente a ese enemigo desesperado y sediento de sangre. Pero de una vez, gloriosamente se fueron todos mis temores.

Súbitamente, la fe que yo había encontrado cuando era un mozo de doce años se hizo una realidad viva. Lo que había sido teoría se convirtió instantáneamente en experiencia. Era cosa nueva y vigorosa, y comprendí experimentalmente por qué los santos y mártires podían cantar alabanzas a Dios al ser lanzados a los leones o cuando las llamas asaban la carne que

estaba atada a una estaca. Me vino a la mente la descripción que cierto himnista dio de esta clase de fe cuando uno contempla la cruz de Jesucristo. Él escribió que “da valor al espíritu cobarde y fuerza al brazo débil; quita el terror de la tumba y alumbra el lecho de la muerte”.

Los cuatro verdugos habrían pensado que tenían una presa fácil. Al verme allí enteramente desamparado, hicieron lo que los futbolistas norteamericanos llaman un timbac, discutiendo qué hacer. Luego con un salto y brinco me cayeron encima gritando de rabia; sus golpes crueles, cada uno bien dirigido, eran como para matar. Con pies y puños aporrearon mi débil cuerpo hasta que caí al suelo inconsciente. Con un balde de agua fría me reavivaron, sólo para ponerme en pie obligatoriamente ante más abusadores. Mis ojos empañados vieron que venían encima de nuevo, de repente los golpes cayeron sobre un cuerpo que ya no podía; intenté resistirme pero la embestida venía desde todo ángulo, sin misericordia y sin pausa. De semiconsciente pasé al alivio de una oscuridad total.

Por segunda vez me reavivaron y sentí que estaba viviendo mis últimos pocos momentos sobre la tierra. Aunque parezca extraño no lamentaba soltar las cuerdas de la vida. Me inspiraron las palabras de Pablo: “Para mí el morir es ganancia”. Levantando el corazón al Señor, oré: “Amado Padre, estoy listo para irme o para quedarme conforme mandes”. La presencia de mi precioso Salvador era tan real, el amor con que me había encerrado era impenetrable e inmune ante las amenazas de mis bárbaros agresores. En un tiempo me parecían tan grandes y fuertes, pero ahora los veía a través de los ojos del Dios omnipotente y parecían diminutos.

Fortalecido así, la paz y el hombre interior brillaron a través de la suciedad, de las cicatrices y de los coágulos de sangre, todo para producir una sonrisa. Los testigos dijeron que era una sonrisa celestial. Los enfurecidos soldados japoneses me contemplaban atónitos, estaban ante un poder que nunca habían encontrado antes y no podían comprender. ¿Cómo podía uno aguantar tanto abuso y sonreír estando tan cerca de la muerte? Su rabia estaba afectando su juicio cabal, ningún pedazo de prisionero iba a burlarse de su acción disciplinaria. Él debía recibir el mismo trato que los chinos.

Desde catorce metros de distancia avanzaron sobre su presa indefensa. Los otros prisioneros, aterrorizados e igualmente indefensos, no hicieron nada, habiendo visto y oído cada asqueante golpe mortífero. Muchos se acordaron del mensaje acerca del Buen Samaritano que habían escuchado pocos días atrás.

Seis metros, cuatro metros, tres, dos, uno, con homicidio en el corazón y terribles chillidos en la boca. De repente, aquellos soldados se frenaron, resbalando incrédulos, desconcertados miraron cada cual a su compañero; contemplaron con asombro este arzoenemigo triturado y sangriento. Volvieron adonde empezaron la carrera y se juntaron lentamente de nuevo para definir una estrategia; se pusieron frenéticos, gritaron a voz en cuello, gesticularon, avanzaron. La sencilla verdad es que yo nunca me había sentido tan fuerte como en aquel momento de debilidad humana. El Señor Jesús nunca había sido tan precioso como en ese momento. El poder con que envolvió a Eliseo en Dotán se hizo mío en experiencia propia. La presencia del Hijo de Dios que sostuvo a los tres varones hebreos en el horno de fuego fue una realidad para mí también. Me sentía más que vencedor por Aquel que me amaba.

Los amigos miraban. Yo esperaba: débil, pero fuerte. De nuevo el avance: cinco metros, tres, uno, y de nuevo se frenaron como habiendo chocado contra una barrera insuperable. Perplejos, confundidos más que antes, se examinaron el uno al otro en incredulidad; obviamente no tenían idea de qué hacer. Sabían que tenían por delante una forma humana casi desnuda y que ese esqueleto tambaleaba sobre sus pies, y sabían que esta no sería la primera de sus víctimas de homicidio. Pero lo que les tenía inmovilizados era esa mirada serena, ¿o era una mirada triunfante? Y esa Presencia invisible, ese Poder irresistible, esa Cerca que ellos no podían ver.

Percibí que su actitud estaba cambiando. No encontraban ninguna solución a sus problemas inmediatos, así que asombrados y disgustados se enterraron en la jungla. Casi no podía creer

que mis acusadores se habían marchado, pero realmente no me sorprendió, porque en los días antes de ser reclutado al Ejército el Señor me había dado aquella promesa tan precisa: “No te desampararé, ni te dejaré”. Esta experiencia de la mayor humillación y salvación reveló que el Dios que vivía en los tiempos de Moisés y David, vivía todavía.

Manos tiernas y amorosas se acercaron para abrazarme. Me llevaron a una de las carpas hospitalarias, lavaron las heridas y atendieron a los moretones. La recuperación fue sumamente lenta y durante mi convalecencia el Señor me mostró aun más de la grandeza de su poder y la dulzura de su amor. Los hombres en el campamento se quedaron hondamente impresionados por ese incidente. Algunos decían: “Aquí hay un hombre que practica lo que predica”. Otros: “Este es un Dios que merece ser confiado”. Solamente la eternidad revelará la obra de Dios que efectuó en muchos corazones.

Capítulo 14 **Humanidad quebrantada**

El trabajo del ferrocarril estaba acercándose a su fin. La culebra de acero, larga y torcida, formaba una cicatriz fea en el verdor de la jungla. Cuadrillas de mantenimiento se ocupaban día y noche del mantenimiento de la vía y una lucha contra la invasión de la jungla. Al extremo norte, cuadrillas disminuidas de esqueletos humanos, sumergidos en barro, se obligaban a sí mismos a realizar un esfuerzo final para completar esta iniciativa estrambótica.



De mala gana continuamos bajo los incesantes gritos de *Speedo, speedo*. A esas alturas nadie vestía ropa, sino sólo una tanga. Día tras día los hombres arrastraban sus ulceradas piernas envueltas en vendas de lona a los cortes, barrancos y puentes. Daba la impresión que la lucha agotadora iba en aumento constante en la carrera por cumplir con el programa imposible. Fue entre escenas como estas que se terminó el ferrocarril de Bangkok a Rangún,

640 kilómetros de largo a través de un territorio indefinido, al costo de una vida por cada durmiente.

Pronto empezó el despacho de los enfermos a Kamburi. Kamburi era una sauna de verdad y un séptico para la malaria. La disentería hacía lo suyo, con centenares postrados indefensos en condiciones alarmantes. Llagas dolorosas con apariencia de gangrena afligían la mayoría de los jóvenes. Nuestra piel era del color de un pergamino sucio, disminuido y arrugado. Úlceras tropicales, grandes y abiertas, cubrían las piernas. Nuestros brazos caían como palos unidos a manos que parecían ser de hueso no más, y los ojos estaban hundidos y ofuscados. Los pacientes que padecían beriberi cojeaban como mejor podían, o se quedaban quietos esperando el fin. La tasa de mortalidad era muy alta en esa coyuntura de nuestra historia.

Los trenes botaron cargas enteras de enfermos a este medio. Nuestra capacidad de respuesta médica fue probada en extremo. Nadie estaba realmente bien de salud; cada uno padecía de algo, pero el personal médico luchó con valentía para aliviar el dolor.

Yo hacía rondas armado de mi “cuchara” de madera, unas pocas vendas viejas que habían sido recicladas vez tras vez y un débil antiséptico, y era recibido siempre por un coro reclamando atención. Sentado al lado de un paciente, le quitaría su venda mojada y maliente para proceder a cavar resueltamente con la “cuchara” en la masa de pus putrefacto, sin parar hasta alcanzar la carne viva. Cada día se repetía este proceso doloroso, sin alivio, y en muchos casos después de meses de dolor atroz todo terminaba en una amputación. Algunas de esas heridas eran terribles y se extendían desde la rodilla hasta el tobillo. A veces la carne

estaba tan consumida que mi “cuchara” pasaba fácilmente entre la tibia y la carne muerta detrás de ella.

En medio de todo eso caí con un ataque severo de malaria. Oh, cuánto necesitaba consuelo y ayuda; anhelaba sentir la mano de mi madre sobre mi frente enardecida. Pero en vez de estas atenciones físicas encontré fuerza especial al darme cuenta que el Señor me abrazaba tiernamente. Mi sentir era:

Guiándome Tú la noche es esplendente,
y cruzaré
el valle, el monte, el risco y el torrente
con firme pie;
hasta que empiece el día a despuntar,
y entre al abrigo de mi eterno hogar.

Mi precioso Salvador me escuchó y me dio fuerza para recuperarme y resumir la interminable tarea de ministrar a las necesidades físicas y espirituales de los hombres en derredor.

Nuestros métodos para limpiar las heridas habían cambiado con las circunstancias. En la jungla usábamos gusanos que comían y se multiplicaban en la podredumbre. Una vez que la colonia era demasiado numerosa quitábamos algunos de estos animalitos para meterlos en la herida de otro paciente. Parece crudo, pero era un procedimiento eficaz y no causaba mucha incomodidad al paciente. Con el paso de las semanas, tornadas ya en meses, se observó una marcada mejoría en los prisioneros. Aun cuando esos cuerpos estaban podridos con úlceras nauseabundas, atormentados por beriberi y ardiendo con fiebre y disentería, se recuperaban de los recuerdos angustiosos de los años recientes.

Poco a poco descubrimos nuestras voces de canto. En el atardecer, los hombres reunidos, la conversación versaba sobre el hogar y los seres queridos. Cantaban acerca de la tierra de sus sueños y cosas así. Después de un momento de silencio de parte de todos, invariablemente cantábamos juntos:

Conmigo queda, oscurece ya
y densa noche caerá.
Me dejan otros, clamo pues a ti:
¡Ampárame, Señor, oh, queda aquí!

En el silencio elocuente que seguía esos momentos de alivio, algunos oraban, enfocando sus pensamientos a la familia y el hogar más allá del continente y el océano. Conformes con nuestra suerte por el momento, cerrábamos los ojos para soñar con aquel camino a casa. Lo peor de Tailandia había pasado.

Capítulo 15

Visitas de los B-29

Singapur había sido privada de sus defensas en aras del fortalecimiento de las nuestras en el Medio Oriente. Ahora era una concha vacía, una presa fácil, y los japoneses lo sabían; su inteligencia secreta había acabado con la falacia que era inexpugnable.

Tan pronto como hubiéramos realizado la tarea de volar su ferrocarril desde Bangkok hasta la frontera con Birmania, los nipones comenzaron a retirar los prisioneros del Norte y enviarlos de nuevo a la isla de Singapur. Tenían que fortalecer aun más las fortificaciones impresionantes que los británicos levantaron antes de la guerra. Su estrategia difería marcadamente de la nuestra. En Birmania habían usado un sistema de túneles con resultados desastrosos para los nuestros. Ellos se escondían en esos túneles hasta que nuestras tropas avanzaban más allá del escondite, y luego salían, mataban desde atrás y desaparecían rápidamente en el denso monte y la seguridad de sus túneles. Entiendo que este tipo de guerra

precipitó el advenimiento del lanzallamas. Su razonamiento era que lo que dio resultados en Birmania tenía que dar resultados en Singapur.

A costa de la labor de prisioneros se cavaron túneles y trincheras día y noche, hasta que la isla se convirtió en una conejera. Los pasajes subterráneos penetraban lejos en los cerros y al final de cada uno había una gran bóveda con abastecimiento suficiente para alojar muchos hombres por varias semanas, que a su vez se comunicaba con otros salones similares por otros pasajes subterráneos.

Lado afuera, se excavaron trincheras de comunicación entre las varias entradas. Estas tenían de una profundidad suficiente para que cualquier movimiento no fuera descubierto por el enemigo. Nadie tenía por qué salir a la superficie para moverse entre las diversas estaciones.

Este sistema de túneles era ingenioso por varias razones. Acomodaba municiones, alimentos, agua, etc. Al ver el laberinto de pasajes subterráneos con su abundancia de provisiones y suministros, yo visualizaba para Singapur un reino japonés interminable. En esa coyuntura oíamos solapadamente de otras islas de la meticulosa dedicación que se estaba prestando a la defensa de toda el área.

Al reflexionar sobre esta triste realidad uno pensaba que sería absolutamente imposible que alguien efectuara nuestra libertad antes de 1947. Con la ayuda del Señor, quien era un Compañero constante, procuraba, según se presentaban las oportunidades, prepararme espiritual, mental y emocionalmente para el prolongado asedio. Nunca parecía más lejana nuestra liberación. Se despachaban de Singapur fuerza tras fuerza de esclavos humanos. Con buena razón estábamos convencidos que los adelantados preparativos en nuestra isla se estaban repitiendo en otras islas del Pacífico.

Junto con la apertura de los muchos túneles se adelantaba el proyecto de construir pistas para atender al número creciente de aviones de combate y bombarderos livianos que estaban llegando. Muchos fueron los corazones que se rompieron en esa labor tan ardua. Trabajar como esclavo día tras día bajo el sol candente era una cosa, pero el colmo de la frustración era reconocer que a la postre estos esfuerzos iban a añadir semanas o meses a nuestra liberación. No obstante toda suerte de sabotaje, la construcción se adelantaba.

El puerto de Singapur y la gran base naval de Selerang evidenciaban una aceleración en sus actividades. Los buques llegaban con mayor frecuencia para ser reparados y algunos de ellos dejaban ver que habían sido dañados en batalla. Se observaba también en aquellos meses que los modelos y diseños de muchos aviones eran completamente nuevos para nosotros. Esas señales obvias, junto con las noticias que llegaban a gotas por tortuosas vías, nos convencieron que se avecinaba una crisis mayor.

Hubo grandes momentos de crisis en aquellos días, especialmente cuando volaban en perfecta formación los B-29, conocidos como las Fortalezas Voladoras, mucho más allá del alcance de la artillería antiaérea y por encima de la altura de los aviones de combate. Procedían majestuosamente como aves sobre la codiciada isla, cual pieza clave para el éxito en el Lejano Oriente. Creo que la fotografía era su misión principal, pero en el proceso no dejaban de “poner huevos”. Escuchábamos los ruidos sordos y veíamos como las columnas de humo ascendían de cada puerto. Lamentablemente, algunos proyectiles explotaron también en el campamento e hirieron a algunos de nuestros hombres. Gracias a Dios por su gracia que nos preservó en aquellos períodos de peligro e incertidumbre.

Noticias de la guerra que filtraban por el correo subterráneo eran todas positivas, pero todos éramos muy cautelosos para creer. Muchas veces nuestras esperanzas habían sido defraudadas, pero ahora daba la impresión que las noticias tenían mucho de cierto. Oíamos de grandes batallas navales entre vastas flotillas de las naciones en pugna y de batallas aéreas donde, según decían los boletines noticieros, resultamos victoriosos. Y, nos alegramos sobremanera al saber de la victoria en Europa; parecía que estábamos soñando. Pero para nosotros, los prisioneros agotados, eso era un gran estímulo y nos hacía recobrar mucho el ánimo que habíamos perdido a lo largo de cuatro años de desespero. Los guardias japoneses

se dieron cuenta del cambio pero no podían comprenderlo. Aparentemente nosotros los cautivos sabíamos más que ellos, los captores.

A menudo me intrigaba la complejidad veleidosa del típico soldado japonés. Muy adentro temía grandemente su reacción a la situación que estábamos viviendo. En su devoción incondicional a los ideales brutales de su código de honor, aquellos soldados asignaban poco valor a una vida. A veces sin escrúpulos mataban a un preso indefenso en un acto de fervor patriótico. Uno se preguntaba cómo reaccionarían en aquellas circunstancias actuales.

Nunca fueron los días más inciertos. Era como estar en el cráter de un volcán cuya erupción se esperaba de un momento a otro. Un paso sigiloso en la noche nos infundía horror; anhelábamos y orábamos por el alba. Si las horas de la noche parecían interminables, las del día, aun cuando eran largas, parecían demasiado cortas, y a nuestro pesar veíamos cómo los últimos dedos del sol carmesí se apagaban y desaparecían en un horizonte lejano. La oscuridad se echaba sobre nosotros como un sudario.

Durante ese período muchos hombres contaban con escondites donde esperaban escapar de la matanza. Muchos y largos eran los lapsos que pasé en oración en esa coyuntura, preocupado no sólo por la seguridad mía sino también por la de los otros. Mi Biblia fue mi compañera cercana. Había sido preservada milagrosamente, evitando vez tras vez una inspección de parte de los japoneses. La enterraba y la escondía en los lugares más diversos, y aun cuando varias veces parecía que sería descubierta, eso nunca sucedió.

En mi dilema presente, como en otras ocasiones, recurría a ella y encontraba fortaleza al leer la promesa de Salmo 91.2: “Diré yo a Jehová: Esperanza mía, y castillo mío; mi Dios, en quien confiaré”. Sentado al final del día, yo solía cantar:

La Peña fuerte de mi corazón
nos guarda de la tempestad.
En cada amarga tentación
nos guarda de la tempestad.

Capítulo 16

Correo subterráneo

Después de cuarenta y dos meses prácticamente aislados del mundo afuera, las noticias que recibíamos por la radio clandestina eran temas de conversación interesante para nosotros. En el pasado se transmitían noticieros pero sospechábamos que los boletines eran redactados tanto para levantar los ánimos como para comunicar la verdad. También, al dar noticias genuinas, se las intercalaban entre material tan alejado de la verdad que su sentido era oscuro.

Y con buena razón. Nuestros oficiales no querían que los japoneses supiesen de la radio clandestina aun cuando tenían gran sospecha que había tal cosa. Al pasear por el campamento su inteligencia escuchaba cada palabra, y han debido divertirse por las ridiculeces que oían. Por supuesto, sabíamos que un espía estaba cerca, y nuestra imaginación inventaba toda suerte de cuentos acerca de batallas que no admitían ser reconocidas. Seguramente nuestros captores se reían ante nuestra supuesta ignorancia, orgullosos ellos de la eficacia de su “bloqueo informativo” en cuanto al acontecer mundial. Pero en el cuadro magno eran objetos de una dieta constante de propaganda atroz y desconocían más que nosotros.

Ahora las cosas habían cambiado un poco para nosotros. Era evidente por los informes de la radio clandestina que el rumbo de la guerra estaba en transición. Las noticias eran más animadoras. Fue más o menos en aquellos días que supimos por vías dispersas que la marina norteamericana había quebrantado la espina dorsal de la Gran Flotilla japonesa. Fue un detalle estupendo, junto con el hecho que se había terminado la guerra en Europa, y a cada uno nos dio una nueva clase de estímulo.

En medio de este regocijo secreto — porque no nos atrevíamos a exhibir exuberancia — había un pensamiento triste. La capacidad de lucha de los japoneses era impresionante y el entrenamiento de los soldados jóvenes estaba intensificándose visiblemente. Nunca había estado más en alto la moral de las tropas niponas. Todo esto, junto con nuestro conocimiento del vasto sistema de defensa, les presentaba como un enemigo formidable, fuerte numérica y estratégicamente. La creciente arrogancia de los japoneses hacía ver que eran víctimas de una propaganda intensa. Los expertos en el lavado de cerebros habían obrado bien, y con una presunción insólita ese pueblo sentía y actuaba como si su nación fuera el Número 1 en el mundo.

Fue más o menos en ese entonces que redujeron las raciones, cosa que nos dio a entender que al enemigo se le hacía difícil traer los suministros por mar. Aunque esto no hizo nada para aliviar los dolores frecuentes en estómagos vacíos, nos levantó la moral sobremanera. Ese tipo de razonamiento, aunque sujeto a cierta duda, ayudó a que los días fuesen más tolerables, alivió el estrés de una encarcelación que parecía interminable y aumentó nuestras esperanzas de que por fin se acercaba una liberación.

Los trabajos en los túneles y las pistas nunca cesaron; todo era como de costumbre y “Rápido, todos van”. En realidad los japoneses nos estaban presionando más severamente que en cualquier otra etapa desde nuestro regreso a Singapur y cada día su actitud se tornó más beligerante.

Cierto día uno de los oficiales me dijo que las cosas estaban acercándose a un clímax y que era solamente una cuestión de tiempo hasta que los aliados tomaran a Singapur. Mientras tanto los japoneses se armaban y colocaban grandes cañones, y a diario aumentó la actividad en el aire. Era obvio que el comando esperaba tener que defender la fortaleza estratégica que era esa isla.

Ahora nos visitaban a menudo en la isla los aviones del *Southeast Asia Command* en la India. Al principio el fuego ack-ack era intenso pero no muy acertado, pero con el correr del tiempo ese fuego disminuyó y no había tantos aviones en el aire. Las horas de la noche comenzaban a resonar con el trueno de la revolución de los motores de aviones que estaban por despegarse. Se iban y nos consolábamos y nos animábamos el uno al otro con el pensamiento que habían sido asignados a otros teatros de la guerra donde nuestros enemigos estaban en apuros. Por segunda vez en cuatro años se estaba desguarniciendo a Singapur de su poderío aéreo. Primeramente los británicos lo hicieron para fortalecer sus fuerzas atribuladas en el Medio Oriente, y ahora los japoneses tenían que fortalecer sus defensas golpeadas en el Pacífico.

Los japoneses eran un misterio para nosotros; no podíamos descifrarlos. Nunca sabíamos cómo razonaban y su actitud en general cambiaba tan bruscamente que nos equivocábamos con frecuencia. Aprendimos por experiencia amarga que era imposible comprender plenamente la mente oriental. Esto es comprensible al darse cuenta que la nación japonesa ha estado abierta a la civilización occidental por menos de un siglo. Casi no estaba expuesta al evangelio de Jesucristo que ablanda el corazón y fija nuevas normas éticas, así que aun cuando estaban en alto las esperanzas, rondaba en mi mente el pensamiento que las tropas niponas podrían comportarse como enajenados y disparar contra nosotros los prisioneros. Era posible razonar que estaba viviendo los últimos días de mi vida, no obstante haber sido salvado tantas veces de la muerte.

Un día saqué a pasear a un enfermo cerca del perímetro de alambre de púas cuando alguien del campamento principal apareció repentinamente desde detrás de una choza y nos dio un exuberante gesto que en inglés llamamos “pulgares arriba”. El entusiasmo del gesto y lo radiante del rostro de aquel hombre obviamente comunicaban un mensaje. Y así fue; sentí que el triunfo estaba cerca. El heraldo desconocido con el mensaje mudo pero elocuente desapareció en el laberinto de chozas de bambú tan abruptamente como se había presentado.

Pero por unos pocos minutos me quedé transformado por las emociones profundas que me inundaron, habiendo pensado que estaban muertas ya. Fue casi insoportable la posibilidad de la libertad en un futuro muy cercano, después de cuarenta y cinco meses de encarcelación. Libertad de la opresión constante y de guardias inescrupulosos; libertad de tanta frustración y de hombres burdos e impíos. Lo más contundente era la idea de volver al hogar. El hogar había sido sólo un recuerdo vago, cediendo más a medida que los meses se prolongaban lentamente. Ahora que parecía estar a mi alcance, se abrieron las compuertas de mis emociones represadas e instantáneamente me encontré inundado de la bondad de mi Padre Celestial y la gratitud humana.

Regresé adonde estaban los amigos y les di el dato a varios. Hubo una ola de especulación entre los presos; aun los enfermos parecían mejorarse repentinamente y el aire estaba cargado. Al poco tiempo nuestro comandante fue convocado a la sede japonesa. La reunión se prolongó por horas; parecía no tener fin. Esperábamos pacientemente y, gracias a Dios, no en vano.

Capítulo 17 **Bomba atómica**

El 6 de agosto de 1945 el mundo entró en la era atómica. Los aliados habían depositado su novedad atómica sobre Hiroshima con consecuencias desastrosas. Desaparecieron de un todo gente y edificios, y otra multitud quedó mutilada y quemada en ese infierno. Las repercusiones que se extendieron por el mundo entero no eran de compararse con el shock que sintieron los soldados japoneses. Nunca habían esperado esto, ya que una derrota era inconcebible. Habían sido víctimas del propagandismo.

Lentamente y a regañones los nipones habían cesado de luchar; todo estaba quieto en las fronteras del sureste de Asia. El chillido de los bomberos en picada, el silbido de los proyectiles, el golpe de las bombas en su explosión y el penetrante traqueteo de los fusiles: todos estaban en silencio ahora. Era un silencio inquieto.

Al principio los nipones en la Península de Malaya rehusaron obedecer las órdenes de Tokio. Esto dejó en una posición muy precaria a los prisioneros bajo su mando. Hubo un lapso de varias horas cuando nuestra suerte estaba en la balanza, y sólo fue por el despacho muy apresurado de un enviado especial de Tokio a Singapur que la guarnición fue persuadida a deponer sus armas. Su entrega a la postre dio gran alivio y regocijo en las vidas del remanente de prisioneros aliados severamente lisiados.

Cuando los convocados comandantes aliados fueron escoltados a la presencia del general japonés, éste anunció muy solemnemente que para ellos la guerra había terminado pero para él apenas había comenzado. Ese oficial había permitido y consentido las atrocidades que se cometieron bajo su mando. Más de una vez se había pavoneado pretenciosamente en los asquerosos encierros, desdeñoso ante la condición de las víctimas de la crueldad. Ahora se quedaba humillado delante de aquellos que había tratado como animales. Señalando una foto de su esposa e hijo juntos con un gran perro pastor alemán, preguntó: “¿Qué de ellos ahora?” Si la pregunta se hizo para evocar simpatía de los oficiales aliados, no logró su propósito. Asumiendo de una vez el mando que habían anticipado, ellos sacaron de los lugares menos esperados demandas por, entre otras cosas, la liberación de todos los presos que estaban guardado incomunicados, un aumento en la ración alimenticia y los suministros médicos que tanta falta hacían.

El lenguaje humano no puede describir la condición lastimosa de los prisioneros liberados de la detención solitaria. Cómo lograron sobrevivir es una historia que a lo mejor nunca será relatada. Poco a poco hombres llegaban de lugares distantes con corazones aliviados pero

cuerpos rotos, cargando consigo sus escasas pertenencias y sus colegas enfermos. Aquellos que habían sido heridos al cavar los túneles en los cerros fueron traídos lentamente a la base.

Casi a diario nos visitaban aviones británicos. Uno de los primeros en sobrevolar esparció panfletos titulados *A todos los prisioneros de guerra aliados*. Decían: “Las fuerzas japonesas se han entregado incondicionalmente y la guerra ha terminado. Les haremos llegar provisiones tan pronto como sea humanamente posible y haremos los arreglos para evacuarlos a ustedes, pero, debido a las distancias involucradas, posiblemente pasará buen tiempo antes que esto se realice. Ustedes se ayudarán a sí mismos y a nosotros si hacen lo siguiente: (1) Quédense en su campamento hasta que reciban otras órdenes de nosotros. (2) Comiencen la elaboración de una lista del personal, con detalles amplios. (3) Anoten sus necesidades más urgentes. (4) Si han padecido de hambre o han estado desnutridos por largos períodos **no** consuman grandes cantidades de alimentos sólidos, frutas o legumbres al principio. Hacerlo es peligroso. Cualesquier donativos de comida de parte de la población deben ser cocidos. Queremos que pronto lleguen sanos y salvos a sus hogares, y no queremos que arriesguen la posibilidad de diarrea, disentería y cólera en esta etapa final. (5) Las autoridades locales y/o los oficiales aliados se encargarán de sus asuntos dentro de muy poco. Guíense por los consejos de ellos”.

Por el tiempo que estos aviones amigos volaban a poca altura sobre el encierro, aviadores jóvenes y atrevidos estaban parados en sus puertas abiertas, saludando y lanzando periódicos y chocolates. Fue patético ver a los más enfermos llorar como niños la primera vez que los aviones sobrevolaron, levantándose de sus lechos como mejor podían para salir de su choza y saludar a los visitantes. Algunos se cayeron por estar tan débiles, o aun no lograron pararse. Cuerpos altos pero demacrados temblaban de emoción como hojas en el viento. Hombres con los ojos hundidos, unos ojos que tiempo atrás habían perdido el brillo de la juventud, intentaron en vano obviar su aspecto ojeroso y revertir los años que les fueron arrebatados a causa de sus sufrimientos.

Una vez pasado el primer estallido de emoción, muchos de los que habían salido de sus huecos no tenían fuerza para regresar. Se quedaron exhaustos pero felices, y tuve que dedicar una hora entera para ayudarles a volver a sus catres o camas. Aquellos que estaban en condiciones de hacerlo hablaban sin parar de los días felices por delante.

Aquel emocionante día tenía que terminar. El sol se puso en glorioso resplandor carmesí allá en el horizonte lejano. La oscuridad echó su manto sobre el campamento y nuestros espíritus se elevaron en éxtasis en la medida en que nuestros corazones captaron la verdad de una venidera liberación. Dentro de muy poco se acabaría la orden *Apáguense luces* que se oía cada noche por todo el campamento. Por casi cuatro años la bandera de las Fuerzas Imperiales Japoneses había flameado orgullosa y desafiadamente en su asta muy arriba en la muralla. A lo mejor ese hecho alegraba a los japoneses y sus colaboradores pero sirvió para deprimirnos a nosotros que sentíamos el talón de hierro de la opresión. Hoy se había quitado sin ceremonia; el asta estaba desnuda.

En toda la emoción de ser liberado yo no dejaba de dar gracias a mi gran Dios. No obstante todos los incidentes que precipitaron la culminación de la guerra, estaba convencido de que Él había impuesto su voluntad. Mi alabanza y gratitud eran sinceras y nunca en mi vida había yo estado tan agradecido.

“Las cosas aquí están cambiando rápidamente”, escribí en mi diario el 5 de septiembre de 1945. “Los hombres están comenzando a darse cuenta de que están libres. El ritmo de los eventos está acelerándose a diario. La Marina llegó a Singapur ayer y esto fue motivo de mucha conmoción en el campamento”.



Los oficiales navales lucían aseados y buenos mozos en sus immaculados uniformes blancos y algunos de ellos portaban cestas de toda suerte de artículos suntuarios. El pan casero, del cual comimos con moderación, nos sabía a torta. Tan rico era a nuestro paladar que rehusamos la mantequilla y la mermelada que nos ofrecían. La leche en polvo era otro lujo; para nosotros, nada de mezclarla en agua, sino simplemente masticarla hasta que dolía la mandíbula. Eran días fabulosos, y agradecíamos el más mínimo favor. ¡Cómo respondió mi corazón a la bondad de nuestros libertadores!

Mi diario registra este incidente: “Un australiano, no obstante haber pasado tres años sin comer adecuadamente, consumió en una noche todo el contenido de su cesta de la Cruz Roja: once libras, más sus raciones normales de la cocina. Fue ingresado al hospital con dolores severos y pasó un tiempo con su vida en la balanza antes de recuperarse”.

“Los hombres se comportan como niños en estos días”, escribí. “La ropa nueva está de boga y desfilan en camisas de todo color, talla y estilo con sus medias, shorts y botas. Se ríen, bromean y platican; todo el mundo está en la máxima expectativa. Muy diferente a hace pocas semanas”.

Revertidos los papeles de los aliados y los nipones, me encontré en muchas situaciones nuevas. Los japoneses, bajo la supervisión de la tropa india (hindú, etc.), realizaban ahora algunas de las tareas que antes correspondían a los prisioneros aliados. Me sentía triste y avergonzado ante la conducta de algunos que abusaban brutalmente de sus prisioneros como venganza por lo que había sucedido en el pasado. Sentía enfáticamente que nosotros que éramos del cristianismo debíamos dar buen ejemplo a nuestro enemigo. No obstante largas conversaciones sobre este tema no logré convencer a mis paisanos que debíamos manifestar algo del amor de Dios en vez del odio del hombre.

Se obraron milagros en algunos de los pobres enfermos cuando se dieron cuenta de la realidad de su libertad. Cayeron las esposas de las aflicciones de algunos que dábamos por incurables. Aun cuando quedábamos pocos del grupo original, los que estábamos nos regocijábamos en la inconcebible perspectiva de reunirnos con aquellos que amábamos.

Capítulo 18

Gloriosa libertad

La evacuación había comenzado y enormes aviones de varias naciones estaban descendiendo sobre Singapur. Se prepararon apresuradamente los heridos y los enfermos, procesándolos para su despacho con las evidencias de su encarcelación todavía a la vista. Muchas fueron las lágrimas al abrazar a nuestros colegas, sabiendo que con toda probabilidad no les veríamos más.

Pronto llegó la hora de mi propia salida, y muy para mi sorpresa, pero no de mi agrado, supe que saldría por vía aérea. No quería ir por avión sino por la vía más lenta para darme tiempo de reflexionar sobre los muchos ajustes que serían necesarios al volver a la vida de civil. Me quedaban muchas cicatrices físicas y mentales, y también aspiraba agregar unos pocos kilos a mi cuerpo.

Esta decisión demoró mi despacho por varias semanas, pero yo estaba contento de disponer del tiempo tan necesario para recuperarme. Finalmente, el 1 de noviembre de 1945, me embarqué en la buena nave polaca *Sobiesk*. El progreso lento dio oportunidad no sólo para reflexionar sobre el pasado sino también para contemplar el futuro. Guardé la mente activa con varios apuntes que había anotado con la esperanza de que me fueran útiles al testificar públicamente por el Señor en el futuro. A estas alturas ya sabía que había un solo camino abierto en el futuro desconocido, y era el de entregarme enteramente al Señor, a cualquier costo.

Me entregué a filosofar sobre la oración e hice otra anotación en mi diario: “Los mundanos se ríen cuando los cristianos hablan del poder de la oración. Hasta cierto punto esto no nos sorprende, pero debemos evaluarnos a nosotros mismos. ¿Creemos de veras en la oración? Me inclino a pensar que muy adentro dudamos del poder de la oración, aun cuando decimos con los labios que sí creemos. Esta fue mi propia experiencia, pero la oración es real, es algo tangible. Por experiencia propia he encontrado que la oración mueve la mano de Aquel que mueve el universo. Dios sí responde. La oración es uno de los medios más potentes que Él ha puesto en las manos del creyente. Por cierto, alguien ha escrito que Satanás tiembla al ver al santo más débil arrodillado”.

El viaje en sí no registró incidentes de nota. Al echar ancla en Liverpool, tuvimos la feliz sorpresa de recibir correo. Las cartas provocaron gran alegría para algunos y gran tristeza para otros, trayendo noticias de compromisos de matrimonio rotos, hogares desbaratados y familiares muertos en los bombardeos. Pero había los afortunados como yo que recibimos noticias de seres queridos que amaban en verdad.

Después de unos pocos meses volví a mi empleo seglar y a la vez me entregué de lleno a la obra del Señor en el área. Los primeros años fueron muy difíciles y el período de adaptación fue largo y arduo; me costó ambientarme y redescubrirme a mí mismo. A veces estuve casi al punto de desespero al creer que las paredes de la fábrica se cerraban en torno a mí. Hubo períodos prolongados de insomnio y cualquier sueñecito traía pesadillas terribles. Sin embargo, mucha fue la oración ofrecida por mi bienestar en aquellos días de prueba; aunque las dificultades parecían insuperables, alabo a Dios por su gracia que resultó suficiente. Paulatinamente mi salud y mi actitud mejoraron y por consiguiente recuperé mi compostura.

En cuanto a mi paso por el valle de la sombra, lo atribuyo al poder de Dios y a las oraciones fervorosas de mis seres queridos y los amigos en Cristo. Creo que el Dios que salvó a Daniel de los leones, y también acompañó a los tres hebreos en el horno de fuego, vive aún y puede obrar en bien de los suyos hoy en día.

Le reto a usted, mi amigo, a probar a este mismo Dios en su propia vida y circunstancias, y a presentar su cuerpo a Él como sacrificio vivo, para que Cristo sea magnificado, sea por vida o por muerte; Romanos 12.1, Filipenses 1.20.

La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos ustedes. Amén.

* * *

El señor Snaddon es anciano ya (2006). Reside en el Estado Florida donde por años ha servido al Señor a tiempo completo en la enseñanza y evangelización. Algunos de sus escritos y mensajes a voz están disponibles en inglés en www.plymouthbrethren.org.